

---

# LOS LAGOS DE SAN VICENTE

---

Personas que hablan en ella

- **FERNANDO, Rey**
- **Don TELLO**
- **Doña BLANCA**
- **Dos CAUTIVOS**
- **AXA, mora**
- **REY Moro**
- **CARRASCO, pastor**
- **MARI Pablos**
- **MÚSICOS**
- **ALÍ Petrán, moro**
- **Dos MOROS**
- **Don GUTIERRE**
- **Don GARCÍA**
- **CASILDA, santa**
- **San VICENTE, mártir**
- **ABÉN Rogel, moro**
- **Nuestra Señora, Santa MARÍA**
- **Juan PASCUAL, rústico**
- **Dos PASTORES**

---

## ACTO PRIMERO

---

*En lo alto de unos riscos PASCUAL, villano, muy a lo grosero con un bastón y una honda. Por la mitad de los riscos el Rey don FERNANDO, de caza*

PASCUAL: ¡Hao! Que espantáis el cabrío.

¡Verá por dó se metió!

¡Valga el diablo al que os parió!

Echá por acá, jodío.

Teneos el abigarrado.

FERNANDO: Enriscado me perdí;

Pastor, acércate aquí.

PASCUAL: Sí, acercáosle, que espetado;

pues yo os juro a non de san

que si avisaros no bonda

y escopetina la honda

tres libras de mazapán,

mijor diré mazapiedra

¡Hao! Que se mos descarría

el hato.

FERNANDO: Escucha.

PASCUAL: Aún sería

el diablo; verá la medra

con que mos vino; arre allá

hombre del diablo, ¿estás loco?

Ve bajando poco a poco,

no por ahí, ancia acá.

¡Voto a san, si te deslizas...

FERNANDO: Acerca, dame la mano.

PASCUAL: Que has de llegar a lo llano,

bueno para longanizas.

*Alárgale el bastón para que se tenga a  
él*

Agarraos a este garrote.  
 ¿Quién diabros, por aquí os trujo?  
 Teneos bien, que si os rempujo,  
 no doy por vuesto cogote  
 un pito.

FERNANDO: ¿Qué tierra es ésta?

PASCUAL: La Bureba de Castilla.

FERNANDO: ¡Notables riscos!

PASCUAL: Mancilla  
 vos tengo.

FERNANDO: ¡Qué extraña cuesta!

PASCUAL: Llámase Espanta roínes.

FERNANDO: No sé yo que haya en España  
 tan escabrosa montaña.

PASCUAL: Mala es para con chapines.

*Van bajando*

Dad acá la mano.

*Con guante*

FERNANDO: Toma.

PASCUAL: ¿Hay mano con tal brandura?

O sois vagamundo o cura.

Echad por aquesta loma.

Con tiento, hao, que caeréis.

FERNANDO: ¿Hay peñas más enriscadas?

PASCUAL: Manos de lana y peinadas

guedejas: hao, no me oléis

a poleo. Pregue a Dios

que no encarezcáis la leña.

FERNANDO: No malicies.

PASCUAL: Pues hay dueña

que las tenga como vos?

FERNANDO: ¿Nunca viste guantes?

PASCUAL: ¿Qué?

FERNANDO: Éstos. (¡Simple es el villano!) Aparte

*Vase descalzando el guante*

PASCUAL: Hao, que os desolláis la mano.

¿Estáis borracho?, a la he,  
que debéis ser hechicero.

E pellejo se ha quitado  
y la mano le ha quedado  
sana, apartada del cuero.

Las mías el azadón  
les ha enforado de callos;  
pues que sabéis desollallos  
hedme alguna encantación,  
o endilgadme vos el cómo  
se quitan, que Mari Pabros  
se suele dar a los diabros  
cuando la barba la tomo.

FERNANDO: ¡Sazonada rustiqueza!

PASCUAL: Por aquí, que poco falta  
de la sierra.

FERNANDO: Ella es bien alta  
y asombrosa su aspereza.

PASCUAL: Y decid, por vuesa vida,  
qué, ¿se puede desollar,  
la mano sin desangrar  
quedando entera y guarrida?

FERNANDO: Anda, necio; la que ves  
es una piel de cabrito  
o cordobán.

PASCUAL: Sí; bonito  
soy yo.

FERNANDO: Adóbanla después  
y ajustándola a la mano  
del aire y sol la defiende.

PASCUAL: ¡Qué bueno! O sois brujo o duende.  
¿Pensáis, aunque só serrano  
burlarme? ¿No está apegada  
con la carne esotra?

FERNANDO: No.

PASCUAL: ¿No os la vi desollar yo?

FERNANDO: Estaba en ella encerrada  
como tu pie en esta abarca.

PASCUAL: Si las atáis por traviesas  
dejaradeslas vos presas  
o metidas en el arca.  
Mari Pabros me pedía  
la mía de matrimeño,  
y yo, como amor la enseño,  
dándola aquesta vacía,  
burlada se quedará  
si por Olalla la deajo;  
que hay mano que da el pellejo  
pero no la voluntá.  
Y porque ya estáis abajo  
adiós, que al hato me vó.

FERNANDO: Quiero desempeñar yo  
las deudas de tu trabajo.  
Toma este anillo.

PASCUAL: ¿Este qué?

FERNANDO: Anillo es de oro.

PASCUAL: Verá,  
de prata los hay acá  
mijores; se le daré  
a Mari Pabros, señor.  
¿Qué es esto que relumbrina?

FERNANDO: Un diamante, piedra fina.

PASCUAL: ¿Lo que llaman esprendor  
el ruta y el boticario?

FERNANDO: ¿Quién?

PASCUAL: Un par de entendimientos  
que, a falta de pensamientos,  
nos habran tras ordinario  
y hay en nueso pueblo quien  
mos avisa; estos que oís  
echan al pan negro anís  
para que oros sepa bien.

*Sale don TELLO, desnuda la espada y en cuerpo*

TELLO: Quien no cumple obligaciones  
de valor y de amistad  
pague así su deslealtad  
y venga sus sinrazones.

FERNANDO: Tened, don Tello, ¿qué es esto?  
¿Vos con la espada desnuda?

TELLO: Señor, un agravio muda  
leyes que amor había puesto.  
Cazando os habéis perdido,  
pero podréis os hallar  
a vos mismo, si excusar  
sentimientos sois servido  
de quien valor interesa  
y busca satisfacción.  
Cazad, Fernando, el blasón  
de igual, que es sabrosa presa  
digna de las majestades  
en que se retrata Dios.  
Verdades huyen de vos;  
seguid, señor, las verdades.

FERNANDO: Pues ¿a qué fin es todo eso?

TELLO: Don Diego, favorecido  
de vos, muchos ha ofendido,  
que el privar ofusca el seso;  
y yo que de él confié  
prendas de la voluntad,  
quejoso de su amistad  
en esta sierra saqué  
con su sangre el sentimiento  
de mi agravio. No sé yo  
si vive. Sé que quedó  
herido y con escarmiento.  
Temo el poder coronado  
de un Rey que se subordina  
a leyes que amor inclina  
contra la razón de estado.  
Siento seguirme su gente  
y el riesgo no da lugar

a poderos declarar  
la ocasión que tuve urgente.

Si vos la verdad seguís,  
que os suplico que busquéis,  
en los yermos la hallaréis,  
y si templado la oís  
sabréis el agravio mío;  
mas si os tiene el favor ciego  
de doña Blanca y don Diego,  
aunque enemigo, os la fío.

FERNANDO: Don Tello, esperad.

TELLO: No puedo,  
gran señor, aunque os adoro,  
que os he ofendido; al Rey moro  
voy a servir de Toledo.

*Vase don TELLO. Sale doña BLANCA*

BLANCA: Fernando generoso,  
a quien debe Castilla  
el título de reino  
si el de condado olvida,  
y en hermandad eterna  
acuartelados pintas  
castillos y leones  
en unas armas mismas,  
escucha agravios tuyos,  
porque entre injurias mías  
a ti te satisfagas,  
a mí me des justicia.  
Mi nombre es doña Blanca,  
ya blanco de desdichas,  
a quien airados cielos  
con triste aspecto miran.  
Señora de estos montes,  
de estas sierras altivas,  
mis padres castigaron  
por heredarlos hija.  
Unica fui en Briviesca,

solar y casa antigua  
de mis antepasados;  
notoria fue su estima.  
Mis años eran pocos  
y menos la noticia  
forzosa a una doncella  
ya madre de familias.  
Don Tello de Velasco,  
cuyas tierras vecinas  
le hicieron, si no deudo,  
doméstico en mi villa,  
multiplicaba en ella  
frecuencias compasivas  
a que le ocasionaban  
el verme sola y rica.  
Menesterosa entonces  
de quien con manos limpias  
mi hacienda administrase,  
que en huérfanos peligra,  
tomóla por su cuenta,  
y al paso que crecían  
mis réditos y censos,  
crecieron sus visitas.  
Menguó en vulgares lenguas  
la fama, que lastiman  
con sombras de verdades  
hipócritas mentiras.  
Llegaron estas nuevas  
despacio a mi noticia,  
puesto que siendo malas  
suelen llegar de prisa.  
Y como la advertencia  
después de la puericia  
en juventudes nobles  
lo lícito limita,  
en lo que no lo era,  
por refrenar malicias,  
quise, si no atajarlas,  
honrada, reprimirlas.  
Para esto, vergonzosa,

llamé a don Tello un día  
y entre vislumbres arduas  
examinando cifras,  
le dije, "Diligencias  
que alientan cortesías  
y desinteresadas,  
si no empeñan, obligan,  
han dado al ocio infame  
sospechas y premisas  
que a mi opinión se atreven,  
que vuestra fama eclipsan.  
Ya suele juzgar verde  
la nieve quien la vista  
por verdes vidrieras  
socorre, cuando mira.  
¿Qué mucho, si villanos  
ociosos nos registran  
con maliciosos ojos,  
que juzguen a malicia  
desvelos de nobleza,  
queriendo que se midan  
con sus intentos torpes  
acciones comedidas?  
El veros tan afecto  
diligenciar prolijas  
agencias de mi hacienda  
por vos restitüida,  
remiso en vuestra casa,  
solícito en la mía,  
cuidando mis aumentos  
y frecuentar venidas,  
no siendo nuestra sangre  
por vínculos propincua,  
la edad ocasionada  
en vos y en mí florida;  
vos hombre, mujer yo,  
y en ellas perseguida  
la fama, si nos notan  
no os cause maravilla,  
que yo os juro, don Tello,

que a no ser presumida  
aventurara aciertos  
de este confuso enigma.  
Porque oficiosas muestras  
después de tantos días,  
con tal perseverancia  
aunque el silencio oprima,  
señales acreedoras  
por sí mismas me avisan,  
que agencias sin retornos  
o mueren o se entibian.  
Ya yo me he declarado.  
Quien debe, y noble libra  
hidalgos desempeños,  
no quiere trampear ditas.  
Los vuestros reconozco  
y sé que se acreditan  
con el cortés silencio,  
que cuando beneficia  
el bien nacido, calla;  
porque ajustar partidas  
de amantes pretensiones  
serán mercadurías.  
Mirad en este caso  
lo que la vuestra arbitra,  
y sea desmintiendo  
los que nos fiscalizan,  
o limitando el verme  
y de mi casa y vida,  
si administrador, dueño  
creciendo a mi amor dichas."  
Dije, y él, cortesano,  
con lengua agradecida  
no osó afirmar con alma,  
que tal vez son distintas  
palabras de intenciones,  
encareció la estima  
de mis ofrecimientos,  
y con respuesta ambigua  
enmarañó esperanzas,

puesto qué ya yo veía  
que amante que no otorga  
es fuerza que despida.  
Partióse a vuestra corte,  
y en ella comunica  
secretos a don Diego,  
cuya amistad antigua  
abrió puertas al alma,  
si es licito el abrirla  
en daño de tercero  
quien guarda cortesías.  
Dijo, que si me hallase,  
volviendo, maravilla  
de ausentes con firmeza,  
entonces dispondría  
su amor y mis deseos;  
porque aunque se edifica  
de piedras una casa,  
se cae si no se habita.  
Partió Tello a la guerra,  
y mientras se ejercita  
en merecer laureles,  
acá le descaminan  
la paz, curiosidades  
que siempre patrocinan  
amores, cuando el ocio  
a la ocasión prohija.  
Habíame alabado  
don Tello por la cifra  
de hermosas y discretas;  
estaba yo ofendida  
de necias dilaciones  
que plazos diferían,  
pecando de groseras  
por sobra de advertidas.  
Vino don Diego a verme  
cuando esta monarquía  
por descansar sus hombros  
en él su peso alivia;  
su amigo fue don Tello;

mas siendo, como afirman,  
en ellos sola un alma,  
gobierno de dos vidas,  
debió tener por cierto  
que le pertenecía  
la acción de pretenderme;  
y para proseguirla  
ocasionó frecuencias,  
sirvióme algunos días,  
correspondíle grata,  
sus prendas conocidas,  
y el interés de verle,  
que con tu alteza priva  
me hicieron estimarle  
con fe tan excesiva,  
que cohechando al sueño  
gozaba en él su vista.  
Pasáronse dos meses,  
volvió, ya reducida  
Galicia a tu obediencia,  
don Tello a esta provincia;  
hallóme ya prendada,  
y supo que admitía,  
en fe de sus tibiezas,  
al dueño de su envidia.  
Disimuló pesares  
hasta que, vengativa,  
su espada en esta caza  
le hiere y me lastima.  
A tu favor se atreve,  
contra mi amor conspira,  
y huyendo tus venganzas  
las imposibilita.  
Despacha, rey, enojos  
que vuelen y le sigan,  
alas de fuego lleva  
la espada de justicia.  
Todo el poder lo alcanza;  
a Dios, Fernando, imita  
la furia de los reyes

que igualmente castigan  
 agravios coronados,  
 privanzas ofendidas,  
 sin reservar lugares  
 los rayos de su ira.

FERNANDO: Más siento vuestro pesar  
 que el que mi enojo interesa;  
 alzad, alzad.

PASCUAL: Pulla es ésa;  
 ¿qué diablos tiene de alzar?  
 Estése quedo: ¿no veye  
 que es nuesa ama?

BLANCA: Sois rey vos,  
 sol de España.

PASCUAL: Mas, por Dios,  
 ¿y que era su merced el reye?  
 Somos bestias los villanos.  
 No en balde trae otro par  
 de manos, que para dar  
 todo el reye ha de ser manos;  
 deme una pata a besar.

*Salen don GARCÍA y don  
 GUTIERRE*

GARCÍA: Aunque fue grande la herida  
 no corre riesgo su vida.

FERNANDO: Todo hoy ha sido azar;  
 ¿adónde don Diego está?

GUTIERRE: En esta quinta procura  
 la piedad y la hermosura  
 de quien hospicio le da  
 que el regalo y la caricia  
 disminuyan su dolor.

FERNANDO: Cura por ensalmo amor.  
 Ya, Blanca, tengo noticia  
 de que os conocen por dueño  
 esta quinta y su lugar;  
 con una acción he de dar

dos saludes al empeño  
 de voluntad con que os llama  
 el herido su acreedora,  
 y al mal, que siempre mejora  
 viendo a su prenda quien ama.

Yo quiero, siendo el doctor,  
 que de una vez convalezcan:  
 méritos suyos merezcan  
 el mío y vuestro favor.

Hoy le habéis de dar la mano,  
 que es la más justa venganza  
 que apetece su esperanza  
 y vuestro amor.

BLANCA: Mucho gano  
 en que esté tan por tu cuenta,  
 gran señor, nuestra ventura,  
 porque la envidie segura  
 quien sus principios violenta.

Pero ¿a quién tengo de dar  
 la mano que disponéis?

FERNANDO: ¿Cómo a quién? ¿Vos no queréis  
 a don Diego?

BLANCA: ¿Yo? Obligar  
 me supo poco don Tello;  
 pero en efecto, señor...

FERNANDO: ¿Tenéis á don Tello amor?

BLANCA: En los ojos puede vello  
 vuestra alteza. Si le pido  
 venganza de él, ¿de qué suerte  
 le tendré amor? Caso fuerte  
 es que a don Diego haya herido,  
 y que ofendiéndoos a vos  
 se ausente y huya seguro.

FERNANDO: Aunque entenderos procuro,  
 no os doy alcance, por Dios.

Si don Diego os ha obligado  
 y vos le correspondéis,  
 ¿qué más venganza queréis  
 que á don Tello desterrado  
 y a su enemigo mayor

dueño vuestro?

BLANCA: Ya yo sé  
que cuando en posesión ve  
quien ama al competidor,  
se abrasa; y sé que don Tello  
por extremo ha de sentirlo,  
mas no atormenta el oírlo  
tanto, señor, como el vello.  
Venga y muera entre desvelos  
quien nos ofende a los dos.

FERNANDO: ¿No queréis, Blanca, mal vos  
a quien pretendéis dar celos?

BLANCA: Con tormentos más extraños  
satisfaré mi rigor;  
que estos no son, gran señor,  
celos.

FERNANDO: ¿Pues qué?

BLANCA: Desengaños.

FERNANDO: Decís bien; y según eso  
ninguno cual yo podrá  
ejecutarlos; ya está  
quien os ha ofendido preso.

BLANCA: ¿Quién, señor?

FERNANDO: Don Tello.

BLANCA: ¿Dónde?

FERNANDO: No está la pena distinta  
del delito; vuestra quinta  
al uno y al otro esconde.  
Llegó, la espada desnuda,  
a mi presencia don Tello;  
humilló a mis pies su cuello,  
que siempre la ofensa es muda,  
y yo, si no vengativo,  
justiciero, le mandé  
prender aquí mientras dé  
don Diego, puesto que vivo,  
miedo al peligro. Cortarle  
pienso, cuando os desposéis,  
la cabeza.

BLANCA: No querréis,

señor, ese premio darle  
a quien os ha reducido  
casi un reino amotinado.

FERNANDO: Su fiscal sois y abogado;  
justicia me habéis pedido;  
pues ¿cómo alegáis ahora  
servicios suyos?

BLANCA: No son  
indignos de compasión  
los agravios.

FERNANDO: Pues, señora,  
o vos le habéis de llorar  
hoy sin vida a vuestros ojos,  
o para atajar enojos  
con vos se ha de desposar.

BLANCA: Como perdón se le dé  
los pies mil veces os beso.

FERNANDO: Sosegaos, que no está preso  
ni aquí.

BLANCA: ¿Pues dónde?

FERNANDO: No sé.

BLANCA: ¿Ya engañan las majestades?

FERNANDO: Siempre que engañan bellezas  
importa que sutilezas  
desembocen voluntades.  
De la vuestra he colegido  
que a título de ofenderle  
procurábades tenerle  
antes preso que perdido.

BLANCA: Confieso aquesa verdad.

FERNANDO: Pues para desagraviarla  
si intentases disfrazarla,  
y es bien premiar voluntad  
de quien arriesgó su vida  
por lograr en vos su amor,  
y es digno de este favor  
mi intercesión y su herida,  
hoy habéis de ser esposa  
de don Diego, y yo el padrino;  
destierre su desatino

a quien con ira alevosa  
 aguarda que yo me pierda  
 en estas sierras cazando,  
 y a quien estimo engañando  
 ofende; así, vos sois cuerda  
 y en vuestra discreción funda  
 su salud quien os adora.

BLANCA: ¡Gran señor!...

FERNANDO: Más acreedora  
 es la voluntad segunda,  
 que a don Diego confesáis,  
 que la que don Tello os debe,  
 pues a amaros no se atreve  
 mientras celos no le dais.

BLANCA: No es bastante razón ésa  
 para que...

FERNANDO: Ved a don Diego.

BLANCA: No violente mi sosiego  
 vuestra alteza.

PASCUAL: ¿Reye artesa?

FERNANDO: Yo gusto de esto.

BLANCA: Alma mía,  
 contra vos no hay majestad.

PASCUAL: ¿Reye artesa?

FERNANDO: Entrad, entrad.

PASCUAL: Entre vuesa artesería.

*Vanse todos. Salen tres MOROS peleando con don  
 TELLO, y deteniéndolo ALÍ PETRÁN,  
 también moro*

ALÍ: Dejadle, deteneos,  
 que para tal Alcides sois pigmeos;  
 por Alá soberano  
 que vibra Jove rayos en su mano.  
 ¿Hay valor semejante?  
 ¡Bárbaros, retiraos, quitaos delante.

LOS TRES: ¡Muera!

ALÍ: ¿Cómo que muera?

A vuestras manos, desdichado fuera.

¿Hay más bizarro ALÍento?

MORO 1: Cuatro alcaldes ha muerto.

ALÍ: Fueran ciento,  
 fueran mil y aún son pocos  
 para el esfuerzo suyo. Apartad, locos,  
 retiraos, o a su lado  
 haréis por fuerza lo que no de grado.  
 ¿De cuándo acá, atrevidos,  
 me desobececéis?

MORO 2: Muertos y heridos  
 piden justa venganza.

ALÍ: ¡Oh, infames! por Mahoma, si os alcanza  
 la cimitarra mía,  
 que habéis de llorar trágico este día.

MORO 1: Eres príncipe nuestro.  
 Obedecerte es fuerza.

*Vanse los MOROS*

ALÍ: Envidia nuestro  
 a tu valor; sosiega,  
 recóbrate, descansa, que no ciega  
 la emulación honrosa,  
 pues también hay envidia generosa.

TELLO: Mayor me la ha causado  
 tu noble proceder; ya he respirado  
 del riesgo que corría,  
 descanso en brazos de tu cortesía;  
 porque en el bien nacido  
 lo mismo es obligado que rendido.  
 Logra victorias, toma.

*Vale a dar la espada*

ALÍ: No has de vencerme en todo, por Mahoma;  
 basta que en lo hazañoso  
 salgas, Marte cristiano, victorioso.

Envaina el noble acero  
 y págale mejor, que más te quiero,  
 cuando obligarte trato,  
 conmigo armado que con él ingrato.  
 ¿Adónde ibas? ¿Quién eres?

TELLO: Yo soy un escarmiento de mujeres;  
 juego de sus mudanzas;  
 verdugo de mis mismas esperanzas.  
 Por una que me quiso  
 me destierra el amor del paraíso  
 de su hermosura ingrata;  
 una inconstancia ausente me maltrata;  
 una amistad aleve  
 paga en traiciones la lealtad que debe.  
 Un rey a quien hechiza,  
 ciego, sus desaciertos autoriza;  
 y porque satisfago  
 injurias, me destierra y llevo el pago  
 que dan pasiones reales;  
 mas ¿cuándo se premiaron los leales?  
 Yo, moro generoso,  
 huyo, en efecto, amando por celoso,  
 por noble vengativo,  
 por vasallo de un rey ponderativo.  
 De quejas de privados  
 que injurian amistades, destemplados,  
 determiné en Toledo  
 dar lugar al rigor, sagrado al miedo,  
 lástima a su rey moro,  
 contento ausente a la beldad que adoro,  
 pesar a mis amigos,  
 venganza a envidias, al amor castigos,  
 al olvido licencia  
 y el alma a los peligros de la ausencia.  
 Partí desesperado,  
 pues todo es uno, loco y desdeñado;  
 asáltóme esta tarde  
 sin oirme, tu campo e hizo alarde  
 no el valor, la locura,  
 de enojos que juzgara por ventura.

Pues siendo el morir cierto  
más honroso blasón es quedar muerto  
a manos de escuadrones  
que de olvidos, agravios y traiciones.

ALÍ: Mucho a tu rey le debo  
por el agravio que me avisas nuevo;  
mucho a tu falso amigo,  
pues mi dicha estribaba en su castigo;  
mucho más a tu dama,  
pues te conozco porque te desama,  
aunque será excelente  
si es tan hermosa, como tú vALÍente.  
Si el rigor coronado  
vienes huyendo que irritó un privado  
y en el rey de Toledo  
libras tu amparo, príncipe le heredo.  
Alí Petrán me llamo,  
Almenón es mi padre, nobles amo,  
y a ti, que sobre todos  
resucitas blasones de los godos,  
la inclinación de Marte  
con mi amparo me trajo hacia esta parte;  
que no es la vez primera  
que me recibe el Tajo en su ribera,  
y en sus márgenes rojos  
ovación, si no triunfos de despojos,  
con risueñas señales  
me sale a hacer aplausos de cristales.  
Ya han visto mis hazañas  
de la ulterior Castilla las montañas,  
ya han llorado su estrago  
los elevados cerros de Buitrago.  
Pero ninguna presa  
la fama de mis armas interesa  
como la que hoy consigo  
en merecer ganarte por amigo.  
Marchemos a Toledo,  
sino es que amante persuadirte puedo,  
a que con diez mil hombres  
tu reino asaltes, tu enemigo asombres.

Tu misma patria tema,  
 Burgos te dé en su silla su diadema,  
 y asombrando tu fama  
 te adore por reinar tu fácil dama.

TELLO: Príncipe generoso,  
 de puro desdichado soy dichoso,  
 dame esos pies.

ALÍ: La mano  
 ¿no es mejor? Por Mahoma soberano  
 que me inclinas a amarte,  
 de suerte que me atrevo a entronizarte  
 en la cristiana villa  
 del reino, antes condado, de Castilla.  
 ¿Quieres hacer hoy. prueba  
 de mi amistad?

TELLO: Mi lauro es que tan nueva  
 contigo pueda tanto.  
 La lealtad es blasón ilustre y santo;  
 nobleza me acompaña,  
 no ha de infamar segunda vez a España  
 otro Julián segundo,  
 oprobio del Bautismo, asombro al mundo.  
 Reine infinitos años  
 Fernando, y denle luz los desengaños  
 que eclipsa un lisonjero;  
 de cuantos me prometes sólo quiero  
 un favor que me llama  
 a nueva dicha.

ALÍ: ¿Y es?

TELLO: Robar mi dama,  
 que será fácil cosa;  
 porque cerca de aquí, ni recelosa  
 de asalto semejante,  
 ni con pesar de que olvidó a su amante,  
 al pie de la Bureva  
 mora una quinta, donde Flora nueva,  
 los planteles que pisa  
 rosas la sirven y la adulan risa.  
 La soledad ociosa  
 y la sierra de suyo tan fragosa,

que al cielo besar piensa,  
 de sí misma presidio es su defensa.  
 Si de sus sierras altas  
 franqueamos estorbos, y la asaltas  
 en el silencio obscuro,  
 de agravios y de celos me aseguro;  
 mis pesares mitigo,  
 venganza cobro, injurio a mi enemigo,  
 y viendo que pudiera  
 destruírle este reino si quisiera,  
 dejándole sin daño,  
 obligo al rey, si no le degengaño;  
 con que ofrecerte puedo  
 perpetua esclavitud, vuelto a Toledo.

ALÍ: No digas más; mis moros,  
 mi voluntad, mis armas, mis tesoros  
 son tuyos; la Fortuna  
 patrocine tu amor; cubra la luna  
 presunciones de plata  
 aquesta noche a tus intentos grata.

TELLO: Pon tus pies en mi cuello.

ALÍ: Alza y marchemos. ¿Llamaste?...

TELLO: Don Tello.

*Vanse. Salen CASILDA, de mora bizarram y AXA  
 mora*

CASILDA: Mira si alguno nos vio.

AXA: ¿No basta que Alá nos vea  
 si Mahoma, que desea  
 que seas reina, se ofendió  
 de que lleves cada día  
 de comer a los cristianos  
 y que por tus mismas manos  
 los regales?

CASILDA: No sería  
 él tan santo y tan profeta  
 si mostrase indignación  
 porque tengo compasión  
 de estos míseros; respeta

el que es fiel todo retrato  
de su príncipe y en él,  
ya esté en lienzo, ya en papel,  
pena de ofenderle ingrato.

Mostrar su lealtad procura,  
y cuando en él ve su cara,  
no en el lienzo vil repara,  
sino sólo en su figura.

De Alá semejanza son  
los cautivos, Axa mía;  
él los conserva y los cría,  
y en esto no hay distinción  
de nosotros; poco va  
para que yo los estime,  
si en ellos su copia imprime  
y son retratos de Alá,  
que la materia sea o no  
de valor, pues le retrata,  
que no al lienzo ni a la plata,  
la imagen respeto yo.

AXA: Siendo tú princesa

CASILDA: ¡Ay Axa!

¡quién te pudiera decir  
cosas que intento encubrir  
y no puedo! Juzga baja  
y extraña mi inclinación,  
que una vez que no piedad,  
sino la curiosidad,  
me llevó a ver su prisión,  
aprendí cosas en ella  
con que infinitas me obliga,  
a que los ame y los siga.  
¿Podréme yo, prima bella,  
fiar de tí?

AXA: Si me amaras

pudieras no me agraviar  
con tener y recelar  
secretos en que reparas.

¿Tan poco te estimo yo  
que cuando, lo que no creo,

te arrojara tu deseo  
a amar a un cautivo?

CASILDA:                   No;  
    no, prima, cierra la boca;  
a todos juntos los amo;  
pero no por esto infamo  
mi opinión, liviana o loca.

AXA:            Pues ¿qué tienes que fiarme?

CASILDA:    Mira, después que frecuento  
    el calabozo violento  
    que compasión pudo darme,  
    y curiosa de saber  
los misterios en que estriba  
de tanta gente cautiva  
la profesión, llevo a ver,  
    no sé si te diga engaños  
de la nuestra.

AXA:                   ¿Estás en tí?

CASILDA:    Será, prima, frenesí  
    que quiere eclipsar mis años.  
    Mas nadie ya me persuada  
después que en su escuela asisto,  
que si es falsa la de Cristo  
no es su ley más concertada.  
    Hallo mil contradicciones  
en la de nuestro Alcorán,  
y que sus preceptos dan  
licencias y no razones.  
    Si le pregunto a un cristiano  
¿cómo puede ser que Dios  
con naturalezas dos,  
siendo divino y humano,  
    sola una persona sea?  
con discursos y sentencias,  
ejemplos y congruencias  
me ocasiona a que lo crea.  
    No hay tan difícil secreto  
en su ley que no permita  
disputas con que acredita  
su fe el cristiano discreto.

Pregunta tú a un alfaquí,  
o al morabito mayor,  
¿por qué causa, siendo amor  
unidad que enlaza en sí  
dos almas, es bien conceda  
Alá, contra su decoro,  
ley para casarse el moro  
con cuantas sustentar pueda?

Si le replicas diciendo  
que el amor pide igualdad  
y dando mi voluntad  
al esposo que pretendo  
es justo me satisfaga  
con un alma toda unida,  
entera y no repartida,  
que amor con amor se paga,  
responderá, "No hay cuestiones  
para eso en mi ley sagrada;  
sólo consiste en la espada  
su verdad, y no en razones."

Yo defiendo y no disputo.  
Pues si no hay más fundamento,  
Axa, nuestro entendimiento,  
¿en qué difiere del bruto?

Según aquesta quimera  
que discursos no consiente,  
el que fuere más valiente  
tendrá ley más verdadera.

De donde, porque te asombres,  
saco que es, en conclusión,  
mejor ley la del león  
que despedaza a los hombres.

AXA: Suplícote que no trates  
en eso, que me das pena.

CASILDA: Su ley, Axa, será buena  
mas huéleme a disparates.

AXA: Ésa es blasfemia.

CASILDA: Oye ahora.  
¿Persuadiráste a creer  
que Mahoma, para ver

los palacios que Alá mora,  
    suba por una escalera  
a los siete paraísos  
que nos vende; y que divisos  
unos de otros, cada esfera  
    conforme afirma en la Suna  
y en el Alcorán, dilata  
por ellos tanto oro y plata  
que empobrece la Fortuna?  
    ¿Tanto diamante y topacio,  
tanta multitud de perlas  
que no hay ojos para verlas;  
tanto jardín y palacio,  
    tanto arroyo cristalino,  
que siete cielos regando  
están perennes brotando  
néctar, leche, miel y vino?  
    ¿Aquel árbol que se nombra  
Tubba, tan grande y frondoso,  
que descansa deleitoso  
el cielo todo a su sombra;  
    de tanta felicidad  
que cada hoja es un tesoro  
y siendo la mitad de oro  
es plata la otra mitad;  
    donde el nombre de Alá santo  
y de Mahoma está escrito,  
sin juzgarle por delito  
que un hombre merezca tanto?  
    ¿Para qué tapicerías  
de púrpura y seda en redes  
adornando sus paredes,  
donde sin noches los días  
    no necesitan de abrigo?  
    ¿Para qué alcatifas tantas,  
si estrellas pisan las plantas  
de Alá y de quien es su amigo?  
    ¿Para qué, si la sed falta,  
aquellas dos fuentes bellas  
que con cada gota de ellas

de plata, Apolo se esmalta?  
 ¿Cómo podré yo creer,  
 sin que el seso se desmande,  
 que cada fuente es tan grande  
 que llega, prima, a tener  
 sesenta mil y más leguas?  
 ¿Hay disparate mayor?  
 ¿Y que ofrece en derredor,  
 por dar al cansancio treguas,  
 más tazas y vasos, prima,  
 que tiene estrellas el cielo,  
 donde bebe sin recelo  
 quien sus deleites estima?  
 ¿Donde la torpeza goze  
 vírgenes, si es que lo son,  
 las que en lasciva afición  
 el vicio torpe conoce;  
 donde comiendo de modo  
 que nunca el manjar enfada,  
 para el alma no haya nada  
 siendo para el cuerpo todo?  
 ¿Persuadiráse el discreto  
 que es felicidad tener  
 necesidad de comer  
 siendo en los vicios defeto?  
 ¿Que necesite escalera  
 para subir a gozar  
 la gloria que le han de dar  
 el moro que en Alá espera?  
 Anda, prima.

AXA:                   No disputo  
 en lo que manda Mahoma.

CASILDA:    Consiste en que beba y coma  
 la gloria torpe del bruto,  
 no del alma, cuyo ser  
 es substancia inmaterial  
 que estriba intelectual  
 en amar y en entender.  
 Ríete de aquel banquete,  
 donde coronando al vicio,

desde el día del juicio  
 nuestro Alcorán nos promete  
     tanto manjar sazonado,  
 tanto vino generoso,  
 tanto vestido curioso,  
 tanto joyel esmaltado,  
     dando por postre un limón  
 a cada moro que huelga  
 y abriéndose--¿hay tal novela?--  
 salga de él, con perfección  
     extraña, una dama hermosa  
 que con su moro se enlace  
 y en fe que le satisface,  
 con vida torpe y ociosa,  
     sin dividirse los dos,  
 estén así cincuenta años;  
 ¿son dignos estos engaños  
 de la pureza de Dios?

AXA:            Señora, tú estás perdida.

CASILDA:      Yo, prima, me ganaré.

AXA:            ¿Que mucho que Alá te dé,  
 siendo a su ley atrevida,  
     la enfermedad que padeces?

CASILDA:      Antes por favor la estimo,  
 pues los intentos reprimo  
 de mi padre, cuantas veces  
     me pretende dar empleo,  
 que es intolerable pena  
 llorarme después ajena  
 si a mí misma me poseo.  
     Vete y déjame gozar  
 a solas mis pensamientos;  
 para el triste no hay contentos  
 como el no comunicar  
     discursos si no es consigo.

AXA:            Voime, pues tú me lo mandas.  
 (Amor, que riscos ablandas,      Aparte  
 si sospechas tuyas sigo,  
     la princesa se enamora  
 de algún cristiano que preso

le ha mudado, como el seso,  
el alma, pues ya no es mora.

Yo averiguaré verdades,  
puesto que bastantes son  
para su averiguación  
tristezas y soledades.)

*Vase AXA*

CASILDA: Pura esfera de cristal,  
cómuniquemos las dos  
a solas; un solo Dios  
sé que hay, por luz natural.  
Píntamelo corporal  
la ley de nuestro profeta,  
que a deleites se sujeta,  
que come y bebe entre flores,  
que en materiales amores  
almas y cuerpos inquieta.  
Enséñame la razón  
que si amor se comunica  
aquí es porque fructifica  
la humana propagación;  
no hay allá generación  
de individuos, porque estriba  
su gloria en que eterno viva  
quien el alma le dirige,  
pues ¿por qué lo torpe elige  
y de lo casto nos priva?  
Díceme la ley cristiana  
que en estos cautivos miro,  
misterios de que me admiro  
y casi a su fe me allana.  
Una deidad soberana,  
pura, limpia y absoluta  
me enseña con qué refuta  
del moro los fundamentos,  
un cielo sin elementos  
que el tiempo jamás disfruta.

Una inmaterial limpieza  
que el alma llega a tener  
ocupada siempre en ver  
de Dios la naturaleza;  
la beatífica pureza  
en que su gloria se funda;  
una claridad que inunda  
potencias, que deja en calma,  
sobrándole tanto al alma  
que hasta en los cuerpos redunda.

No se come, no se bebe,  
que allá fuera imperfección,  
en fogosa suspensión  
sólo a ver su Dios se mueve.  
Lo eterno juzga por breve  
sin que se canse en mirar  
de Dios el inmenso mar  
donde fin no se conoce,  
porque por mucho que goce  
le queda más que gozar.

Todo esto está bien fundado;  
todo parece seguro,  
porque lo casto y lo puro  
me causan notable agrado.  
Sólo inquieta mi cuidado  
el persuadirme a entender  
que un solo Dios pueda ser  
uno y tres, sin que ninguno  
de aquestos tres sea del uno  
distinto. ¡Extraño creer!

Un Dios simple y no compuesto  
en tres personas me pinta  
su ley, cada cual distinta  
y cada cual un supuesto.  
¿De qué suerte ha de ser esto  
para que su fe ine cuadre?  
Una persona que es padre  
y origen de todo el bien,  
con un hijo, pues ¿en quién  
le engendra, no habiendo madre? ¿

Un hijo de luz sagrada  
 que siempre engendra este abismo  
 siempre se queda el mismo  
 sin añadirsele nada?  
 ¿Habrá quien me persuada  
 no ser el engendrador  
 en tiempo y edad mayor  
 que el hijo y cuando le hereda,  
 que de uno y otro proceda  
 otro que todo es amor?

¡Tres con una voluntad!  
 ¡Tres con un entendimiento!  
 ¡Tres de un solo pensamiento  
 y en tres sola una deidad!  
 ¿Quién me dará claridad  
 para no dudar después?  
 Cielo, que mis ansias ves,  
 enséñame de estos dos  
 cuál es verdadero Dios.

*Salen dos CAUTIVOS con azadones*

CAUTIVO 1: Digo que es uno y son tres

y que he acertado el enigma.

CASILDA: ¡Válgame el cielo! ¿Quién da

respuesta a mis dudas? Ya  
 haré de vos más estima  
 ley santa.

CAUTIVO 2: Ganáis en fin,  
 y que os premien es razón  
 por sabio.

CASILDA: Cautivos son  
 que están regando el jardín,  
 sus palabras son apoyos  
 de esta verdad evidente.

CAUTIVO 1: ¿No salen de aquella fuente  
 distintos los tres arroyos

que dan a estos cuadros vida?

CAUTIVO 2: Negarlo fuera ignorancia.

CAUTIVO 1: ¿No es de una misma substancia

el agua en ellos unida

aunque distintos los ves?

Luego siendo su pureza

una, en la naturaleza

serán uno siendo tres.

CASILDA: En este ejemplo se fragua

mi certidumbre, ay mi Dios,

¿quién podrá unirme con vos

para gozaros?

CAUTIVO 1: El agua

fue del enigma sujeto.

CAUTIVO 2: Venid, que entra Alí Petrán

victorioso capitán.

Verémosle.

CAUTIVO 1: Yo os prometo

que aunque a Castilla destruye

y tantos ha cautivado,

su piadoso y noble agrado

valor de príncipe arguye.

CAUTIVO 2: Vamos, verémosle entrar.

*Vanse los CAUTIVOS. Música. Todo el monte,  
desde la mitad arriba se abre y queda como chapitel de una torre,  
levantado; descúbrese en su centro una sala adornada por  
arriba y por abajo de sedas, y en medio, sobre unas parrillas,  
desnudo, San VICENTE, mártir,  
abrasándose*

CASILDA: Agua que tiene eficacia

de alcanzarme vuestra gracia,

¿dónde la tengo de hallar?

VICENTE: Aquí.

CASILDA: ¡Ay, cielos! una sierra

abierta por la mitad,

da a mis dudas claridad

y mis errores destierra.

¡Qué majestüoso centro!  
 ¿Quién es aquél que se abrasa  
 y tantos incendios pasa  
 fénix de paciencia dentro?

¿Hay más deleitoso espacio?  
 El risco que ya es dosel  
 le sirve de chapitel  
 y su interior de palacio.

¿Podré yo saber de vos  
 quién sois, y tener sosiego?

VICENTE: Casilda, por agua y fuego  
 se alcanza el reino de Dios.

CASILDA: Ya a su doctrina obediente  
 la ceguedad no me ofusca.

VICENTE: Vicente soy. Hija, busca  
 los Lagos de San Vicente,  
 porque si en ellos te bañas  
 de la enfermedad que tienes  
 sanarás.

*Cúbrese*

CASILDA: ¡Qué extraños bienes  
 escondéis, bellas montañas!  
 Muerta por buscaros quedo;  
 mis dichas os hallarán.

*Dentro*

VOCES: ¡Viva nuestro Alí Petrán  
 por príncipe de Toledo.

*Música y cajas de dentro*

CASILDA: Vivid Señor, reinad vos.  
 ¡Ay Lagos! Si a veros llego  
 sabré que por agua y fuego  
 se alcanza el reino de Dios.

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Salen el REY moro, doña BLANCA, ALÍ Petrán,  
y don TELLO*

REY:           ¿Qué importa que mi corona  
su jurisdicción me ofrezca  
en la ciudad que blasona  
imperios godos, y crezca  
con triunfos que Alá ocasiona?  
    ¿Qué de la circunferencia  
de España, centro se llame,  
y en su apacible eminencia  
pródigo el cielo derrame  
lo mejor de su influencia?  
    ¿Qué importa haber extendido  
el imperio que he adquirido,  
por todo lo que no enfrena  
fragosa Sierra Morena,  
Guadarrama presumido;  
    que me tribute Sevilla;  
Córdoba a mis pies postrada,  
cuando ofrecen a mi silla  
parias el rey de Granada,  
treguas el rey de Castilla,  
    si todo lo que interesa  
la gloria de mi corona,  
tanto triunfo, tanta empresa,  
lo desluce y desazona  
el mal de vuestra princesa?  
    ¿Posible es que Alá permita  
que en tan hermosa presencia  
tanta enfermedad compita?

No sé si su providencia  
 ofende y desacredita;  
 sé a lo menos que afectara  
 blasón de deidad severa,  
 si como suele ser rara  
 maravilla permitiera  
 que siempre el sol se eclipsara.

¿Para que tan extremada  
 belleza en Casilda, rosa  
 fresca a un tiempo y maltratada,  
 si cuando la admiro hermosa  
 la lloro siempre eclipsada?,

TELLO: No es mucho que vuestra alteza  
 pondere así tanto daño,  
 que yo que vi su belleza,  
 de ley y nación extraño,  
 le acompaño en la tristeza  
 ¿Es posible que no habrá  
 remedio?

REY: Ya no le espero.  
 Arabia médicos da  
 por ser patria del primero;  
 pero la salud Alá.  
 Un Avicena ha ofrecido  
 Córdoba; en ella han nacido  
 un Rasis, un Almanzor;  
 mas fue su fama mayor  
 que sus efectos han sido.

No he dejado diligencia  
 en todos sus profesores,  
 mas esta invisible ciencia  
 en estatua y en doctores  
 vende sola la apariencia.

ALÍ: Hipócrita es el que ignora  
 efectos de su doctrina.

REY: Dices bien, pues siendo ahora  
 morisca la medicina  
 no la halle la infanta mora.

Treguas, don Tello, me pide  
 vuestro rey que le concedo,

sólo por vos, como olvide  
 enojos, y de Toledo  
 os permita, aunque lo impide  
 su privado, que salgáis  
 a su gracia reducido.

Violento en mi reino estáis,  
 puesto que en él aplaudido  
 de los moros que obligáis.

No se quiere desposar  
 aquí vuestra dama bella;  
 es tormento el esperar  
 dichas que libráis en ella  
 y aquí no podéis lograr.

Iréis a Burgos los dos,  
 aunque a ser tan cuerdo vos  
 como sois enamorado,  
 temiérades de un privado  
 la enemistad, que si es Dios  
 casi un rey, con tan profunda  
 pasión, no sé en que se funda  
 el amor que os desespera  
 siendo Dios causa primera  
 y obrando por la segunda;  
 por la de un privado digo.

TELLO: De doña Blanca, señor,  
 el orden y gusto sigo.

ALÍ: Es primer móvil amor  
 y puede más que un amigo;  
 yo lo soy vuestro y en fe  
 de que estimo este blasón,  
 a vuestra patria asalté,  
 y dándola confusión  
 vuestra dama os entregué.

Seis meses ha que asistís  
 en Toledo y desmentís  
 pesares y competencias  
 que os causaran impaciencias  
 en Castilla. Si os partís,  
 iréis, don Tello, advertido  
 de la voluntad que os nuestro,

y sin ponerla en olvido  
siempre seré amigo vuestro,  
pero mal correspondido.

TELLO: Eso no, que soy leal;  
a quedarme estoy dispuesto  
sirviéndoos.

*Dentro*

AXA: ¡Terrible mal!

¡Triste pérdida!

REY: ¿Qué es esto?

*Sale AXA y después CASILDA*

AXA: Un accidente mortal,  
señor, robarnos procura  
con la infanta, la hermosura  
del más generoso mayo;  
disfrazada en su desmayo  
la muerte, a su edad perjura,  
en flor nos lleva esta rama,  
y la sangre que es su vida  
no sé por qué la desama,  
pues ingrata y homicida  
por el suelo se derrama  
Aquí el sol por ella llora.

*Descúbrese la Santa CASILDA en una silla,  
desmayada*

TELLO: Gualda es ya, la que clavel.

REY: ¡Casilda!

ALÍ: ¡Hermana!

BLANCA: Señora.

REY: Contigo el cielo cruel  
rubies llueve y no es aurora;

hija, que, en fin, se eclipsó  
 el sol que a Toledo dio  
 luz más clara que el Oriente.

CASILDA: Ay, Lagos de San Vicente,  
 ¿cuándo os he de gozar yo?

REY: Amanezca alegre el día  
 segunda vez en tu cara,  
 cesará la muerte avara  
 que en tinieblas nos tenía.  
 No hay médico ni aforismo  
 que así al enfermo asegure,  
 por más que recete y cure,  
 como el que padece el mismo,  
 si resistiendo a la muerte  
 y dando ALÍento a la vida  
 pasiones del alma olvida  
 y sus tristezas divierte.  
 Hazlo, mi Casilda, así;  
 no añadas al mal molesto  
 suspensiones, que con esto  
 me darás salud a mí.

CASILDA: ¡Ay padre y señor, que en vano,  
 cuando el mal se ve de lejos  
 suele mal lograr consejos  
 en el que padece el sano!  
 Un solo medio me ofrece  
 el cielo para sanar,  
 pero hásmele de negar,  
 y así por instantes crece.  
 Pues que no he de conseguirle,  
 el remedio es padecer.

REY: Remedio y en mi poder,  
 ¿y tú rehusando el pedirle?  
 Sin razón mi amor olvidas.  
 Pide a Toledo desde hoy,  
 que en albricias te le doy  
 sólo de que me le pidas.

CASILDA: Has de juzgarme indiscreta  
 mientras no le dificulto,

si cuerda no le consulto  
aunque salud me prometa.

Este cristiano es prudente  
y en tu servicio leal,  
fiaré de su caudal  
todo lo que el alma siente,  
y sabré de él esta tarde  
si estará puesto en razón  
decirte mi petición.

REY: Todo pedir es cobarde.  
Sed, don Tello, consejero  
de la infanta, persuadida  
a que es padre de Casilda  
un rey con todos severo;  
con ella no. Ay, si por vos  
cobra salud, no es bastante  
premio un reino. Ven, Infante.

TELLO: ¿Qué es esto, válgame Dios?

*Vanse el REY, ALÍ Pedtrán y AXA por una parte,  
y los demás por otra*

BLANCA: ¿Qué oís, temor indiscreto?  
¿La Infanta a don Tello a solas?  
Celos, si amenazáis olas,  
mil naufragios me prometo.  
¿Que por difícil no diga  
el remedio de su daño  
la Infanta? ¡Ay recelo extraño,  
cuando ¡a tristeza obliga!  
Todo el pecho enamorado  
y triste a la infanta veo.  
¿Dudaré de su deseo  
que el alma al amor ha dado?  
Y si enamorada está,  
¿podré dudar yo tampoco  
que de su apetito loco  
no es don Tello el dueño ya?  
Mi sospecha es evidente.

¿No dijo, "Por ser leal,  
fiaré de su caudal  
todo lo que el alma siente?"

Pues con él, ¿qué ha de sentir,  
--cielos--a solas un alma  
que tiene la lengua en calma  
para no se descubrir  
a su padre y sólo fía  
de don Tello sus desvelos?  
Amor, si crecéis con celos  
ponzoñosa madre os cría.

*Sale AXA*

AXA: Blanca: en fe de la amistad  
que he profesado contigo,  
si es que con ella te obligo,  
confiésame una verdad.  
¿Tienes mucha voluntad  
a don Tello?

BLANCA: Mereciera  
que ninguna le tuviera  
a quien amante se llama  
y osa, Axa, robar su dama  
porque forzada le quiera.  
Por esta sola ocasión  
no me desposo en Toledo  
con él, porque nunca el miedo  
hizo firme una afición.  
Diránme, y tendrán razón,  
que si aquí le doy la mano  
es por temerle tirano  
de tu rey favorecido,  
y que mereció atrevido  
lo que nunca cortesano.

AXA: Y si a Castilla te lleva,  
¿querrásle mucho?

BLANCA: ¿Quién duda?  
Con los afectos se muda

amor, que méritos prueba.

AXA: En fin, ¿le adoras?

BLANCA: No es nueva,  
Axa, en mí esa voluntad;  
mas, si te digo verdad,  
yo te juro que no ha un hora  
que le amaba menos que ahora.

AXA: ¿Cómo?

BLANCA: La seguridad  
se entibia aposeionado  
el amor que después crece  
en los peligros que ofrece  
la sospecha y el cuidado.

AXA: ¿Tienes celos?

BLANCA: Hanme dado  
no sé que vislumbres de ellos.

AXA: ¿Son de mí?

BLANCA: Tus ojos bellos  
bastaran, Axa, a engendrallos,  
mas no son celos vasallos  
cuando Altezas miro en ellos.

AXA: ¿Celos de la Infanta?

BLANCA: Digo  
que no son más que vislumbres  
o asomos de pesadumbres.

AXA: Declárate más conmigo.

BLANCA: No sé de qué fui testigo,  
que por más que me atormente  
a mí misma me desmiente;  
pero, dime, ¿quién te envía  
con tanta instancia, Axa mía,  
a que mis cosas te cuente?  
Algo debe de importarte  
el saber si quiero o no  
al contenido.

AXA: Hago yo  
de cierto ausente la parte.  
Impórtame preguntarte  
cosas para su sosiego.  
¿Quisiste bien a un don Diego,

de tu rey favorecido,  
por ocasión tuya herido?

BLANCA: Algo, sí; no te lo niego.

AXA: ¿Y en qué te desmereció  
ese algo, Blanca, que escucho,  
don Diego?

BLANCA: En llegar un mucho  
con que ese algo se olvidó.  
Don Tello se me ausentó,  
y dándome por esposo  
a don Diego, fue forzoso  
en fe de que soy mujer,  
lo fácil aborrecer  
y amar lo dificultoso.

AXA: De todo lo dicho advierto  
que don Diego es ya el querido  
y don Tello aborrecido;  
aquél dudoso, éste cierto.

BLANCA: Hubieras dado en lo cierto  
según en nuestro amor pasa,  
mas como en celos se abrasa  
mi pecho, que es todo extremo,  
amo a Tello porque temo  
que se me quiere ir de casa.

Mas ¿no sabré yo a que efeto  
es tan larga información?

AXA: Cosas que te importan son  
fiadas de mi secreto.

Blanca, si es tu amor discreto,  
fériame a Tello y tendrás  
otro que te estime más.

Por dueño suyo te adora  
nuestro príncipe; señora  
de esta corona serás.

Reina te eligen los cielos,  
como tu amor lo permita.

BLANCA: No es cuerdo quien solicita  
voluntad que abrasan celos.  
Son de suerte sus desvelos,  
por más que los aconsejan,

que del remedio se alejan;  
y quedando el gusto en calma,  
como ocupan toda el alma,  
nada para el otro dejan.

AXA:           Pues repare tu desdén  
en que Alí Petrán te adora,  
y la infanta mi señora,  
quiere a tu don Tello bien;  
en que don Diego también  
asiste aquí disfrazado.

BLANCA:       ¿Quién?

AXA:           Don Diego, a quien he dado  
las llaves de mi sosiego.  
Templa del príncipe el fuego,  
porque es locura pensar  
que hemos de dejarte amar  
ni a don Tello ni a don Diego.

*Vase AXA*

BLANCA:       ¿De tres en tres los celos  
y no las dichas, Fortuna,  
si quiera de en una en una?  
¿Dos competencias, dos celos?  
Unos de don Tello--¡ay cielos!--  
que si los lloré vislumbres,  
ya pasan de pesadumbres,  
pues cuando ofender intentan  
celos en duda atormentan  
y matan en certidumbres.

Por más que me solicite  
el príncipe es disparate  
que vencer mis penas trate  
mientras con celos compite.  
Allane tropiezos, quite  
estorbos a mi sosiego,  
podrá ser logre su fuego;  
que mal me podrá obligar  
no permitiéndome amar

ni a don Tello ni a don Diego.

*Vase doña BLANCA. Salen CASILDA y don  
TELLO*

*Salen CASILDA y don TELLO*

CASILDA: Tan satisfecha en oírte,  
tan persuadida en creerte,  
tan pronta en obedecerte  
y tan dispuesta a seguirte  
estoy, cristiano discreto,  
después que te comunico  
que en tu ley me certifico  
y a su yugo me sujeto.

Dichosa yo que merezco  
llamarte, maestro mío.

TELLO: Si yo, infanta, como fío  
en el cielo, a Dios te ofrezco,  
¿qué más bien?

CASILDA: Siéntate aquí.

TELLO: Mira mi desigualdad.

CASILDA: Descansa mi enfermedad  
con alivios que hallo en ti.  
Siéntate, Tello, a mi lado  
que quiero mostrar si sé  
los misterios de la fe  
que el alma me han alumbrado;  
pero ley que el mundo adora  
merece veneración  
en pie.

TELLO: ¡Qué cuerda razón!

CASILDA: Oye, Tello: escucha ahora.

Dios, conforme me enseñaste,  
que es principio sin principio,  
substancia sin accidentes,  
fin sin fin, todo infinito,  
sólo una simplicidad,

un ser, un acto sencillo,  
una forma sin materia,  
una entidad, un distrito  
sin límites, no causado,  
no en tiempo, no producido,  
de sí sólo dependiente,  
de sí sólo comprendido,  
antes que de los tesoros  
de su amor diese al prodigio  
de tantas esferas ser,  
no forzado, porque quiso,  
primero que eslabonase  
con asombroso artificio  
esos cielos, elementos,  
planetas, astros y signos,  
influencias, calidades  
y especies que en individuos  
se fuesen perpetuando,  
ya insensibles y ya vivos,  
estaba solo en sí solo,  
siendo asiento de sí mismo  
su mismo ser, que no ocupa  
Dios lugares circunscritos.  
Todo está en Dios y él está  
en sí, porque lo infinito  
por esencia es necesario  
que sólo de sí sea sitio.  
Y aunque solo, no por eso  
en sus eternos retiros  
estaba incomunicable,  
pues conversando consigo,  
entendiéndose y amándose,  
sin cansancio, sin fastidio,  
obra necesariamente;  
que el ocio en Dios fuera vicio.  
Con todo eso, pudo tanto  
en él su amor excesivo,  
que para comunicarse  
a lo mortal y finito  
cuando fue su voluntad,

sin que hubiese más motivo  
que su libre providencia,  
crió todo el laberinto  
de lo celeste y terreno:  
sol, luna, planetas, signos,  
estrellas, esferas, polos,  
elementos, mares, ríos,  
hierbas, plantas, flores, frutos,  
selvas, prados, valles, riscos,  
con todo lo que contienen;  
y en la cumbre del empíreo,  
de substancias incorpóreas  
nueve ejércitos distintos.  
Eran éstos de palacio  
y la cámara continuos  
del Monarca omnipotente  
asistentes y ministros.  
El más hermoso, pues, de ellos,  
que con tantos requisitos  
de gracias y perfecciones  
naturales en el vidrio  
de su estimación liviana  
se miró primer Narciso  
de sí mismo enamorado,  
contra su autor, presumido,  
juzgó, necio, a menoscabo  
dar el respeto debido  
al príncipe su señor  
después de haberle previsto  
un supuesto y dos substancias,  
y que a fuerza de suspiros  
y opresión de sus retratos  
su deidad humana quiso.  
Soberbio, pues, el lucero  
contra el Sol--¡qué desatino!--  
osó amotinar parciales  
y de rebeldes caudillo,  
tocó cajas contra Dios,  
cómplices de su delito  
la tercer parte de estrellas

que ya asombran basiliscos,  
dióse la campal batalla  
en palestras de zafiros,  
el *¿Quién como Dios?* venciendo  
del alférez paraninfo.  
Cayó el querub contumaz  
relajado al sambenito  
de llamas, que eternamente  
son mordaza de precitos.  
Como es incapaz de enmienda  
el ángel nuestro enemigo,  
y lo que una vez aprende  
jamás lo pone en olvido,  
y que no pudo vengarse  
de quien le echó eternos grillos,  
contra el hombre, su retrato,  
fulmina flechas y tiros.  
Gozaba Adán, vice Dios,  
aunque formado del limo  
y organizado del polvo,  
si en la materia abatido,  
de un espíritu inmortal,  
de una alma, que siendo tipo  
de la primera substancia,  
ya en lo uno, ya en lo trino,  
de una forma y tres potencias  
imperaba en el dominio  
de la ínfima redondez  
amado como temido.  
Acompañábale hermosa  
aquel doméstico hechizo,  
costilla antes, ya mujer,  
uno y otro tan unidos,  
que siendo hueso de huesos,  
carne de carne indivisos  
al conyugal sacramento  
dieron fecundos principios.  
La justicia original,  
sin fómite ni incentivo,  
fue el privilegio rodado

con que tan nobles los hizo,  
que sin pagar a las leyes  
pecho, sólo les previno  
con el reconocimiento  
de un árbol del Paraíso  
que les vedó reservado;  
pena que si atrevido  
el hombre le profanase  
fuese mortal su castigo.  
E ángel dragón entonces,  
envidiando el ver tan digno  
lo humano que le heredase  
las dichas que había perdido,  
transformándose en serpiente  
la torpe blasfemia dijo  
de aquel "Seréis como dioses  
si dais rienda al apetito."  
Acometió la mujer como  
al más flaco portillo,  
sin atreverse, cobarde,  
al consorte discursivo.  
Comió Eva, y el amor,  
más que el engaño, al fin vino  
con elocuencias de llanto  
a despeñar al marido;  
delinquieron contra Dios,  
y como se opuso al mismo  
la culpa--infinita ya  
es cuanto lo relativo--  
quedamos tan sin remedio  
todos sus humanos hijos,  
que los que mejor libraban  
eran rehenes del Limbo.  
Compadecióse el Amor,  
y viendo que era preciso  
que un Dios hombre a Dios le diese  
por infinito infinito,  
humanóse el Verbo eterno,  
y redimiéndonos quiso  
ser deudor, siendo acreedor,

pagándose a sí consigo.  
Vistióse mortalidades,  
trabajos, calores, fríos,  
oprobios, persecuciones,  
destierros, hambres, martirios,  
en el intacto obrador  
del más puro vellocino  
de la más cándida oveja  
que vio el sol, que adoró el siglo.  
Dando, pues, ésta la lana  
y el telar, si humano limpio,  
organizó el Paracleto  
aquella Paloma armiño,  
toda amor, ternura toda,  
al Verbo, el terreno hospicio,  
alojamiento de un alma  
que unió la Deidad consigo.  
Sólo el Espíritu amante  
fue su autor, que no intervino  
causa parcial eficiente  
de varón así lo afirmo.  
María dió materiales  
y el amor tejió los hilos,  
quedando entera la pieza  
de que se cortó el vestido.  
Atropéllanse misterios  
aquí, estórbanse prodigios  
unos a otros que agotan  
el discurso más activo.  
Concibió virgen el Alba,  
parió virgen a Dios niño,  
quedó virgen después de esto,  
que como era el Sol divino  
el Hombre Dios, ilustrando  
a aquel cristal, a aquel vidrio,  
los rayos de su substancia  
pudo, sin abrir camino,  
penetrándose dos cuerpos,  
desmentir nuestros sentidos;  
tres substancias y una unión

formaron un solo unido,  
la divina, la corpórea  
y la del alma, ¿hay tal mixto?  
Espíritu puro el alma,  
barro el cuerpo quebradizo,  
Dios el supuesto de entrambos,  
¿quién vio en actos tan distintos  
tal unidad de diversos?  
¿Tal distinción de propincuos?  
¿Tal parentesco de extraños?  
¿Tal conformidad de abismos?  
Tomó la naturaleza  
humana el Verbo divino  
mas no la humana persona  
porque ésta halló ya impedido  
por el eterno supuesto  
su lugar, que a confundirlo  
con dos personas no fueran  
una cosa el Verbo y Cristo.  
En efecto, este Hombre Dios,  
apenas se vio nacido,  
cuando a precio de granates  
compra de nosotros hizo,  
derramólos al día octavo,  
adoráronle pellicos,  
postráronsele coronas,  
huyó amenazado a Egipto,  
volvió después de dos años  
y llorándole perdido  
su Virgen madre. A los doce  
trocó penas en jubilos  
viéndole infante maestro  
entre sabios aplaudido.  
Catedrático por claustro  
de tanto jurisperito  
salió en público de treinta  
a poner en ejercicio  
la restauración del orbe,  
tentóle el dragón precito,  
vencióle a los tres combates,

dio al tálamo patrocinio  
honrando con su presencia  
las bodas que antes bendijo.  
Hizo aquel protomilagro  
del agua, que vuelta en vino  
tantos misterios encierra,  
materia dio a tantos libros.  
Santificó del Jordán  
los raudales cristalinos,  
dando testimonio el Padre  
al mundo de que era su Hijo.  
Soltó la presa después  
su amor tierno y excesivo  
a tanta suma de asombros,  
milagros y beneficios,  
que si todas las esferas  
sirvieran de pergamino,  
sus estrellas caracteres,  
tinta los mares y ríos,  
manos cuantas nacen hojas,  
plumas cuantas viven nidos,  
desmayaran al sumarlos,  
pasmaran al escribirlos.  
Juntó los legados doce,  
los setenta y dos discípulos,  
Pedro futura tiara,  
los demás del orbe obispos.  
Permitió que le vendiese  
el apóstol fermentado;  
sacramentóse primero  
y hallándose de camino  
para su Padre, quedarse  
a irse supo a un tiempo mismo.  
Sudó en el huerto licores  
purpúreos, que los delitos  
humanos le antecedieron  
aflicciones y fastidios.  
Prendióle la ingratitud,  
dejáronle sus amigos,  
rasgaron su cuerpo a azotes,

dióle corona un espino.  
Llevó en la cruz nuestras penas,  
vióle el rigor suspendido  
rogando por sus contrarios.  
¡Oh amor de Dios inaudito!  
Dejó a su madre en custodia  
de Juan, allí vice Cristo,  
quedando con su adopción  
mejorado en tercio y quinto.  
Oyó al salteador infame  
blasfemias y desatinos,  
ganando al bueno por serlo  
el cielo de prometido.  
Intimó su desamparo  
al Padre, y el pueblo impío  
dándole vinagre y hiel  
delito añadió a delito.  
Sed de pasar más tormentos  
le obligó a decir el sitio  
de más hiel, de penas más,  
y viendo el plazo cumplido  
de la redención del hombre,  
libertando a sus cautivos,  
"Acabóse," dijo a todos,  
del vil tirano el dominio.  
Penetró su voz los cielos  
y con clamoroso grito  
el espíritu dio al Padre  
y a los hombres finiquito  
de tanto infinito empeño,  
pues tácitamente dijo  
al inclinar la cabeza,  
"Pagado estoy, yo lo afirmo."

*Baja aquí la cabeza*

Conmovióse lo criado;  
sintió el sol aquel deliquio  
sobrenatural, tan nuevo

que aun hoy asombra a Dionisio.  
Ilustró los calabozos  
prisión de los bien nacidos,  
despejando dadivoso  
un seno de los dos Limbos.  
Tres días durmió cadáver  
sin ser hombre, dividido  
lo corporal de su forma  
aunque uno y otro divinos.  
Resucitó al cabo de ellos  
ya impasible, ya vestido  
de gloria y eternidad,  
penas volvió en regocijos.  
De su iglesia y de su madre  
incrédulos satisfizo,  
instituyó sacramentos,  
puerta de ellos el bautismo.  
Subió a la diestra del Padre  
en lenguas de fuego. Vino  
aquel tercero de amores  
no engendrado, procedido.  
Promulgó su ley a todos,  
bañó el consagrado río,  
que da la primera gracia,  
al orbe nuevo y antiguo.  
Congregación de los santos  
tiene aquí, que son arrimos  
de la barca militante,  
pilotos de sus peligros,  
doctores que nos enseñan  
yugo leve con que unirnos,  
preceptos que nos declaran  
pontífices y concilios.  
Volverá segunda vez  
a juzgar muertos y vivos,  
para premio de los buenos  
y de los malos castigo.  
Esto es lo que me enseñaste,  
esto adoro, aquesto elijo,  
corrígeme en lo que yerro

y dame, Tello, el bautismo.

TELLO: No adquirida, no estudiada  
es la doctrina que has dicho,  
ciencia infusa te dio el cielo,  
por su doctora te admiro.  
Mas, quedo, ha entrado gente.

CASILDA: Pues ven, Tello, que es fastidio  
de mi descanso el tratar  
sino es de Dios; mis cautivos  
querrán comer, su socorro  
es mi amoroso ejercicio.  
Llevarélos, como suelo,  
ocultamente el alivio  
ordinario, vuelva Dios  
por su pena y mi peligro,  
que es riguroso mi padre.

*Vanse los dos*

*Salen doña BLANCA y AXA*

AXA: ¿Estás contenta? ¿no has visto  
sombra a Tello de la Infanta,  
ingrato, Blanca, contigo?  
¿Negarás que no se quieren?

BLANCA: Negaré que basiliscos  
con sólo la vista maten,  
pues no muero y esto miro;  
desengaños son venganzas,  
venganzas son desatinos,  
desatinos hace un loco,  
loca estoy, perdí el jüicio.  
Dime adónde está don Diego  
que si a Toledo ha venido  
a satisfacer su agravio  
como vuelva por los míos  
le daré...

AXA: ¿Qué piensas darle?

BLANCA: ...un alma que sacrifico  
a la desesperación.

AXA:       ¿Para qué, si yo le rindo  
otra que es de más quilates?  
Compite, Blanca, conmigo  
y envidiarás mis victorias.

BLANCA:    ¡Ay cielos! la muerte envidia;  
daréle al Príncipe moro,  
como me vengue, el dominio  
de mi libertad y fama,  
satisfaré sus suspiros,  
mate a don Tello, y querréle.

*Vase doña BLANCA. Sale ALÍ  
Petrán*

ALÍ:       ¿Qué es esto?

AXA:       Agencias que libro  
en las medras de tu amor,  
la Infanta halló en los bajíos  
de su salud derrotada,  
si no remedios, ALÍvios;  
a don Tello quiere bien  
y él la paga agradecido,  
pondera tú, como hermano,  
si esto es virtud o delito.  
Doña Blanca está celosa,  
véngala, y haráte digno  
de su amor, que éste obligado  
crece gigante de niño.  
No pierdas esta ocasión  
pues ves cuán bien he cumplido  
con la agencia encomendada  
dichosa en ver que te sirvo.  
(¡Ay Tello, con qué quimeras     Aparte  
mis celos ejecutivos  
buscan remedio a mi agravio,  
y qué en vano los resisto!)  
Vengaréme de la Infanta  
mientras con Blanca compito,  
que no es poco dar en tierra

de dos, con un enemigo.

*Vase AXA*

ALÍ: Si Axa ha sido testigo  
de que Tello a mi hermana ama,  
quien no fue fiel con su dama,  
¿podrá ser leal amigo?  
Sea castigo  
de su ingratitud, la mía:  
ame a la infanta en quien fía  
su esperanza;  
sea premio la venganza  
de su poco firme fe;  
consentiré,  
ella mora y él cristiano  
que a mi hermana dé la mano  
porque Blanca me la dé.

*Sale don TELLO*

TELLO: ¿Qué nuevas causas de enojos  
dan ocasión a la ira  
de Blanca, que si me mira  
fulminan rayos sus ojos?  
¿Sin hablarme cuando pasa  
junto a mí?

ALÍ: ¿Tello?

TELLO: ¿Señor?

ALÍ: Dícenme que un nuevo amor  
tus pensamientos abrasa,  
y a ser verdad, sentiré  
descréditos de firmeza  
que en nota de tu nobleza  
te culpan de poca fe.

TELLO: ¿Yo, Príncipe, amor que nuevo  
tenga de mudable fama?

ALÍ: Tal vez como amor es llama

y ésta se muere sin cebo,  
faltándola el interés  
hasta en los nobles se apaga.

TELLO: Amor con amor se paga.

ALÍ: ¿Amor con amor? ¿No ves  
que cuando a lo deleitable  
se junta lo provechoso  
suele un pecho codicioso  
rendirse a lo interesable?  
Páguese amor con amor  
no más, si otro amor se hallase  
que con ese amor juntase  
intereses de valor,  
¿cuál de los dos te parece  
que discreto admitirás?  
¿Amor con amor no más?  
¿O amor con amor que ofrece,  
de más a más una alteza  
que a majestad casi aspira?

TELLO: Amor que intereses mira  
no es amor.

ALÍ: ¿Pues qué?

TELLO: Vileza.

ALÍ: ¿Pues qué será la intención  
con que tu fe, aunque cristiana,  
deja a Blanca por mi hermana?

TELLO: ¿Por quién, señor?

ALÍ: Tu afición  
me contaron fidedignos  
testigos.

TELLO: Querrán ponerme  
mal contigo.

ALÍ: Nunca duerme  
la envidia en ojos indignos.  
Pero quien me dio este aviso  
es de mucha cALÍdad.

TELLO: Bien pudiera la beldad  
de la infanta al más Narciso  
hacer que de sí olvidado  
se rindiera a su hermosura;

pero cuando mi ventura  
 despeñara mi cuidado,  
 y el ver que es hija de un Rey  
 de quien amo me apartara  
 y por ella profanara  
 los preceptos de mi ley,  
 su virtud, su honestidad,  
 es tan digna que se estime,  
 que con verla se reprime  
 la más torpe voluntad;  
 no haga agravio vuestra alteza  
 a mi fe y a su valor.

ALÍ: ¿Cómo no? Tenla tú amor  
 y usúrpame mi grandeza.

No disimules conmigo;  
 ámala, dala la mano;  
 llámate, Tello, mi hermano  
 como te llamas mi amigo.

Yo te aseguro temores,  
 no trueques la profesión  
 de tu antigua religión,  
 que bien lograrás amores,  
 aunque de ley diferente;  
 yo te casaré con ella.

TELLO: A no ser Blanca tan bella,  
 yo tan fiel, tú tan prudente,  
 tan poco afecta tu hermana  
 a todo lo que desdice  
 su honestidad, contradice  
 a la permisión cristiana  
 el favor que te agradezco.  
 Yo adoro a Blanca, señor.

ALÍ: En fin, ¿no tienes amor  
 a la infanta?

TELLO: No merezco  
 apetecer tal empleo,  
 ni cuando posible fuera  
 que tal dicha mereciera  
 diera riendas al deseo.

ALÍ: Pues, Tello, yo soy tu amigo,

y aunque tengo voluntad  
a tu dama, la amistad  
ha de poder más conmigo.

Pártete al punto con ella;  
tu Rey, a mi intercesión,  
te vuelve la posesión  
de tu patria; no he de vella  
por no ocasionarte enojos  
que temo me hagan torcer  
de intentos y parecer  
tiranías de sus ojos;  
joyas y tesoros torna  
con que generoso vivas.

TELLO: Señor, pues ¿de ti me privas?

ALÍ: Hoy has de irte--¡por Mahoma!  
Hoy tengo de ser espejo  
de amigos.

TELLO: Tu gusto haré.

ALÍ: Di que el reino te dejé,  
pues a tu Blanca te dejo.

*Vanse. Salen la santa CASILDA y PASCUAL, de  
cautivo*

PASCUAL: Sí, señora; de zagal  
a doña Branca servía  
en la Bureba aquel día  
que el pobre de Juan Pascual  
se apartó de Mari Pabros,  
y a enmoriscar me trujeron.

CASILDA: No llores.

PASCUAL: ¿Qué, que no lloren?  
Si mas vemos entre diabros  
de mastines, con perdón,  
donde nenguno se ve  
que rezando a San Noé  
se encomienda a san Jamón?  
Si ella sopiera, señora,  
las gracias, la donairía

que Mari Pabros tenía,  
renegara de ser mora  
y huera cristiana vieja.

CASILDA: (¡Qué sencillez!)                      Aparte

PASCUAL:                      Cuando hilaba,  
¡con la sal que mas contaba  
al hogar una conseja!  
Y dormiéndose después,  
--que hué brava roncadora--  
más el candil en media hora  
hilaba que ella en un mes.

¿Pues qué si el brazo desnudo  
la espetera estropajaba?  
con media azumbre lavaba,  
y aun menos, todo un menudo.

Era limpia a maravilla,  
al cura se le perdió  
la escofieta y la hallé yo  
cenando en una morcilla.

Cuajares la vieron her  
que se espantara de oïllos,  
rellenar supo obispillos  
que Papas pudieran ser.

CASILDA:                      Ahora bien, Pascuál; de ti,  
pues que con don Tello estás,  
me fío, presto tendrás  
libertad, espera en mí  
y saca la provisión  
que a las cautivos llevemos,  
pues seguros entraremos  
a consolar su prisión.

Nadie ahora nos verá.

PASCUAL:                      Pardiez, que es, señora mía,  
piadosa su morería;  
aquí una banasta está  
llena de roscas y queso,  
de carne, arroz y verdura.

*Sacan una canasta llena de platos, pan y legumbres  
que PASCUAL traslada en una cesta curiosa, y cúbrenla con*

*unos manteles*

CASILDA: Pues trasladarlo procura  
en esotra.

PASCUAL: Sí, que el peso  
de esotra es demasiado  
para su delicadeza  
y quebrará, si tropieza,  
la loza. Mas como ha dado  
en que por sus mismas manos  
los quiere dar de comer,  
apricarlo es menester.

CASILDA: Quiero mucho a los cristianos.

PASCUAL: Helo aquí todo compuesto,  
y los manteles encima.

*Salen el REY moro y AXA*

REY: Axa, ¿qué dices?

AXA: Que estima,  
no sé si con fin honesto,  
la infanta a don Tello más  
que a su ley, padre y hermano;  
que quiere más a un cristiano  
que a Toledo.

REY: Ciega estás.

AXA: Todas las noches les lleva  
por sus manos de comer,  
si ahora lo quieres ver  
haz por tus ojos la prueba.  
A buen tiempo te he traído  
por que de dudas te saque;  
lleno lleva aquel tabaque  
de relieves que ha escondido  
de tu mesa, para dar  
de comer a los cristianos;  
cógela el hurto en las manos.

*Llévanlo los dos, cada uno por una asa y  
sádeles al encuentro el REY*

PASCUAL: Dambos lo hemos de llevar,  
porque ella sola no basta.

REY: ¡Por Mahoma, que he de ser  
su su verdugo!

PASCUAL: Que comer  
tienen bien en la canasta  
y que cenar.

REY: Detén, loca,  
los pasos con que me afrentas.

PASCUAL: Rematamos con las cuentas.

CASILDA: ¡Padre y señor!

PASCUAL: (Tapaboca Aparte  
con padre y señor le da.)

REY: ¿Qué es lo que lleváis ahí?

PASCUAL: Si me lo pescuda a mí,  
padre y señor, la verdá  
es que ni yo lo endilgué,  
padre y señor, ni cocí  
la carne, ni el arroz, ni,  
padre y señor, lo compré.  
Yo señor, padre y señor,  
porque yo, señor y padre,  
Gila Alonso hué mi madre,  
Mari Pabros con amor  
me dixo par dell molino,  
pero aún no era mi mujer;  
ello si la quiere ver  
no tien pizca de tocino.

REY: ¿Qué desatinos son éstos?  
¿Tú sustentar los cristianos?  
¿Tú, torpe, infamas tus manos?  
¿Tú en amores deshonestos  
con los que aborrece Alá?

CASILDA: Reprime, señor, la ira;  
detén la cólera, mira.

REY: Tus insultos miro ya.

No busques excusas nuevas;  
sustento das y favor  
a los cristianos.

CASILDA: Señor,  
advierte...

REY: ¿Qué es lo que llevas  
ahí?

CASILDA: Flores que he cogido  
para divertir tristezas.  
¡Mi Dios, de vuestras grandezas  
haced alarde!

REY: Ofendido  
estoy más de tus mentiras  
que de tu bárbaro insulto;  
pero mal estará oculto  
si al cielo no le retiras.  
Descubre, Axa, vuelca, arroja,  
esa infame provisión.

*El suelo del tabaque, o canasta, se quita por debajo  
del tablado, y por el mismo lugar se llena de flores y hierbas  
diversas que vuelca después AXA*

CASILDA: Ahora verás si son  
flores todas; quien te enoja  
contra mí y da pesadumbres  
no te estima como yo.

PASCUAL: (Pardiobre, que se volvió Aparte  
nuesa comida en legumbres.)

REY: Válgame Alá, ¿estás contenta,  
Axa envidiosa?

AXA: Corrida,  
loca, confusa, perdida  
estaré con tanta afrenta.

*Dase con las flores por el rostro y ma-  
nos*

REY:           La fragancia que me ofrecen,  
lo aromático que exhalan,  
al paso que me regalan  
mis canas rejuvenecen.

Del cielo vino este olor  
que aquí no los hay iguales;  
primaveras inmortales  
te han tributado su flor.

Su Amaltea hacerte quiso,  
imperio tienes en él,  
mayo eres de su vergel,  
abril de su paraíso.

Dame los brazos, no dudes  
de cuanto pedir quisieres.  
Flora has sido, serás Ceres  
como en frutos flores mudas.

Pídeme dificultades  
con que el agravio redima  
que te hice.

CASILDA:           El cielo estima  
sencilleces y piedades.

En la palabra que ofreces  
te tengo hoy de ejecutar,  
no me lo osarás negar  
si mi salud apetece.

REY:           Por Alá, por su profeta  
y por ti--que iba a decir  
que eres más que él--de cumplir  
cuanto me pidas; discreta  
eres, por fuerza ha de ser  
lo que apetezcas decente.

CASILDA:    (¡Ay, Lagos de San Vicente,       Aparte  
y qué presto os pienso ver!  
Vamos, diréte en secreto  
la merced que me otorgaste.)

*Vase CASILDA*

REY:           Mi senectud remozaste,

flores, por vos me prometo  
nueva vida.

AXA: Yo estoy loca.

¡Ay, envidias infelices!

PASCUAL: Cautivos, a las narices  
podéis hoy pasar la boca.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

---

## ACTO TERCERO

---

*Acompañamiento y el Rey FERNANDO por una  
puerta; por otra MOROS, don TELLO, AXA y Santa CASILDA, de  
mora*

CASILDA: Déme vuestra majestad  
la mano.

FERNANDO: Dé vuestra alteza  
parabienes a Castilla,  
pues ha merecido verla  
ennoblecer su corona  
desde hoy, con razón soberbia;  
pues usurpa el sol al Tajo  
trasladándola a sus sierras.  
Deudor quedaré a los baños  
desde hoy, puesto que no sepa  
el sitio que los oculta  
ni las virtudes que encierran.  
Pues merezco por su causa  
que la hermosura posea  
de vuestra alteza, Castilla,  
temerosa ya en perderla.  
Ojalá, Casilda hermosa,  
la fama que los celebra  
la salud os restituya  
que ofende vuestra belleza.  
Estimarélos yo en más  
que cuantas preciosas venas  
por los cuerpos de estos montes  
oro en vez de sangre engendran.

CASILDA: No dudo yo, gran Fernando,  
que en provincia donde reina

un príncipe tan afable  
 salga la esperanza cierta  
 que los cielos me aseguran;  
 no en humanas experiencias  
 estriba mi confianza,  
 pocas veces verdadera;  
 impulsos más superiores  
 me sacaron de mi tierra  
 y al rey, mi padre, inclinaron  
 el permitirme a la vuestra  
 donde a vos su dueño os llaman;  
 donde en la paz y en la guerra  
 vive la seguridad,  
 por ser vos quien la gobierna.  
 ¿Quién duda que también  
 viva la salud, si ya comienza  
 a retirarse, con veros,  
 la causa de mis tristezas?  
 Ya yo por puntos mejoro.

TELLO: Y yo, que en vuestra presencia,  
 gran señor, patrocinado  
 de la infanta tengo puestas  
 todas mis felicidades  
 en serviros, si licencia  
 me dais, diré la embajada  
 con que vengo.

FERNANDO: Alzad de tierra;  
 alzad, don Tello, decid.

TELLO: El Rey Almenón, que intenta  
 trocar en perpetuas paces  
 con vos estas breves treguas,  
 la mitad del alma os fía  
 y con la Infanta os entrega  
 el reino que el Tajo abraza  
 y estima en poco sin ella.  
 Lágrimas y persuaciones,  
 que es la mayor elocuencia  
 que en la mujer amor puso,  
 le bastaron a hacer fuerza  
 para dividir de sí

el apoyo en que sustenta  
la duración de sus canas,  
que remozaba con verla.  
El príncipe Alí Petrán,  
que sucediendo en la herencia  
después de él de su corona  
es blasón de la nobleza,  
estaba ausente en Sevilla  
cuando el sentir que padezca  
su padre amoroso eclipse  
la luz de Casilda tierna,  
y que el abril de sus años  
malogre las flores frescas  
del más gallardo vergel  
que esmaltaron primaveras,  
al llanto permitió hechizos  
con que la infanta no deja  
hora ni instantes al ocio  
en que no le intime quejas  
amorosas por los baños  
que, de su salud profetas,  
dice que esconde Castilla,  
cifrando en ellos sus medras.  
Afirma que el cielo mismo  
con misteriosas promesas  
le pronosticó en sus aguas  
saludables evidencias;  
que es imposible cobrarla  
de otra suerte, y si desea  
su bien, será menos daño  
llorarla ausente que muerta.  
Convocó el rey los alcaides  
de Madrid y Talavera,  
Guadalajara y Ocaña,  
Alcalá, Yepes y Cuenca.  
Propúsoles este asunto,  
y aunque opiniones diversas  
ya afirman, ya contradicen,  
finalmente se sujetan  
al gusto de quien los manda,

porque la lisonja lleva  
en todos los tribunales  
la razón tras la potencia.  
Concluyóse, en fin, la paz,  
gran señor, con vuestra alteza,  
pidiendo en esta jornada  
vuestra permisión, y de ella  
obligado y satisfecho  
su expedición me encomienda.  
Por su embajador me envía,  
con palabra de que vuelva  
brevemente a restaurarle  
la vida con la presencia  
del alma que se le aparta,  
de la luz que se le ausenta.  
Despidiéronse los dos  
y ella, que, toda clemencia,  
de los cautivos cristianos  
aliviaba las miserias,  
pidiendo su libertad  
al padre piadoso, deja  
despojadas las mazmorras,  
inútiles sus cadenas.  
Dos mil de Toledo saca,  
que ya en su patria se alegran,  
digna que tal redentora  
en anales permanezca.  
El rey de Toledo, en fin,  
gran Fernando, para muestras  
de la fe con que os obliga  
y la amistad que os profesa,  
os remite cien caballos  
que, con otras tantas yeguas,  
Córdoba al Betis usurpa,  
Toledo admiró en su vega;  
cien acémilas cargadas  
de los desvelos del Persa,  
de los esquilmos del Parto,  
de los tesoros de Grecia,  
de los metales monarcas,

granas, alcatifas, telas,  
 a vuestros pies reales postra;  
 y porque en su estima venza  
 las dádivas de Alejandro,  
 pródigo os da en una prenda  
 la mejor de su corona,  
 la mayor de sus riquezas,  
 el alma y vida en la infanta,  
 que es cifra de sus grandezas.

FERNANDO: Cuerdamente habéis sabido,  
 don Tello, aplacar ofensas,  
 pues servicios semejantes  
 más obligan que destemplan.  
 ¿Adónde está doña Blanca?

TELLO: En la villa de Briviesca  
 goza de dos libertades:  
 la del cuerpo la primera  
 a su patria reducida,  
 y la del alma, que exenta  
 de las pensiones de amor  
 ya es señora de sí mesma.

FERNAN. ¿No sois vos esposo suyo?

TELLO: No, señor.

FERNANDO: ¿Por qué?

TELLO: No fuera  
 lícito en provincia extraña,  
 sin vuestro gusto y licencia.

FERNANDO: Pues ¿cómo decís agora  
 que, libre ya, su alma reina  
 de sí misma, si es que os ama?

TELLO: Mudanzas la dicha alteran  
 del mar del primer amor.  
 Como cansa la asistencia,  
 y yo siempre la he servido,  
 ya me olvida.

FERNANDO: Su extrañeza,  
 don Tello, ha de estaros mal;  
 porque aquí la competencia  
 de don Diego os ha de hacer  
 mal tercio, que adora en ella.

Yo os restituyo a mi gracia;  
y aunque a la suya quisiera,  
dudo que en jurisdicciones  
de amor poder un rey tenga.  
Notable ocasión perdiste;  
pues cuando las aprovecha  
todo solícito amante  
malograste las de ausencia.  
O servidla u olvidadla,  
que yo, sin haceros fuerza,  
neutral con don Diego y vos,  
y atento a las diligencias  
del que fuera más feliz,  
premiaré al uno con ella.  
Y vos, infanta y señora,  
sin extrañar diferencias  
de leyes y de regiones,  
juzgaos en la patria vuestra,  
que si allí fuisteis infanta,  
en Castilla seréis reina,  
dichoso todo mi estado  
en que serviros merezca.

CASILDA: Segura yo de la fama  
que justamente celebra  
vuestro valor, me dispuse  
a experimentarla y verla.  
Ni a mi patria ni a mi padre  
echo menos, que ofendiera  
el favor que os reconozco  
si me juzgara en la ajena.  
Por mi padre os tengo yo  
y como tal me conceda  
licencia, que sólo busque  
estos Lagos, vuestra Alteza.  
Yo sé que impiden hallarlos  
ostentaciones soberbias  
de aplausos y compañías;  
el cielo me dio sus señas  
y él mismo inclina mis pasos  
para que mis diligencias

sin presunciones humanas  
hallar su sitio merezcan.  
Esta merced os suplico.

FERNANDO: Admire nuestra tibieza,  
infanta, vuestro fervor,  
y no se impida esta empresa;  
por mí, con vos Tello vaya,  
y como a mí os obedezcan  
cuantos lugares y villas  
gozaren vuestra presencia.  
Que si, como en Dios confío,  
vuestra fe saliese cierta  
y hallando el agua admirable  
que ignoramos, tengo nuevas  
de vuestra salud, mi corte  
os recibirá a la vuelta  
con triunfos que satisfagan  
mis deseos y sus fiestas.

CASILDA: El cielo, invicto Fernando,  
la monarquía os conceda  
de España, que dividida  
en tantos reinos, tragedias  
del godo infelice llora,  
para que en vuestra cabeza  
totalmente restaurada  
a su antiguo esplendor vuelva.

*Vanse el REY y los suyos*

AXA: Solo un mes, prima mía,  
de plazo dio tu padre a la porfía  
con que aquí hallar esperas  
estos Lagos--mejor diré, quimeras--  
pues que te descaminas  
por patrias y regiones peregrinas.  
Busquémoslos, si es cierto  
que esconde tal milagro este desierto.  
Que, ya, Infanta, en sus valles,  
ya en sus montes, remedio y salud halles,

o ya, conforme creo,  
 quimérico te engañe tu deseo,  
 el término cumplido  
 nos hemos de volver.

CASILDA:                    Quien me ha traído  
 hasta aquí sin recelo  
 de tanto inconveniente, que es el cielo,  
 nunca, prima, se estrecha  
 en límites humanos; satisfecha  
 estoy, aunque te asombres  
 de hallar salud aquí, ya que en los hombres  
 se muere mi esperanza;  
 qué sabes tú si estriba en la tardanza  
 que Dios tiene dispuesta  
 mi salud? Lo difícil mucho cuesta.  
 Ya un mes, un año aguarde  
 el bien; si viene, nunca llega tarde;  
 ojalá la fe mía,  
 discurriera sin vuestra compañía  
 por estas soledades,  
 hallara en ellas yo felicidades  
 que, por la vuestra ciega,  
 me las dilata el cielo o me las niega.

AXA:            Ya estás, prima, entendida;  
 ya yo la causa sé de tu venida;  
 no en lagos mentirosos  
 estriban tus deseos amorosos,  
 que éstos imaginados  
 encubridores son de tus cuidados.  
 Lagos, sí, que de llamas  
 ilícitas te encienden, pues que sé que amas  
 a don Tello, de suerte,  
 que el honor atropellas y la muerte.  
 Celos de doña Blanca  
 en Castilla te abrieron puerta franca,  
 por ver que si venía  
 con ella, y tu esperanza enflaquecía;  
 con ilusiones vanas  
 del rey tu padre enterneciste canas,  
 y disfrazando engaños,

hechizos diste a sus postreros años,  
 para que permitiese  
 que consigo don Tello te trajese.  
 Doña Blanca, ofendida  
 de ti, y don Tello que por ti la olvida,  
 apenas de su tierra  
 pisó la raya, cuando se destierra  
 de agravios que a la vista  
 ofenden más; don Tello, en fin, asista  
 a tus ojos, que en ellos  
 duplicarás por ser cristal los Tellos.

TELLO: Axa atrevida, enfrena  
 la lengua torpe de malicias llena.  
 ¿Qué has visto en mí y la Infanta  
 que pueda ocasionar blasfemia tanta?

AXA: He visto que te adora,  
 que olvida nuestra ley; que Blanca llora  
 tu ingratitud y olvido;  
 que a su padre y hermano, fementido,  
 pagas el ampararte  
 en su reino, y ahora asegurarte  
 la patria, hacienda y vida  
 en robarle la infanta que perdida  
 por ti con torpe llama  
 su ley, su sangre y su corona infama.

CASILDA: Mi Dios, a Vos os toca  
 mirar por mi opinión contra esta loca,  
 que su malicia muestra;  
 por mi causa volved, y por la vuestra.

*Vuela la Santa CASILDA. Dentro dice una  
 VOZ*

VOZ: Sí haré, Casilda mía.  
 No te merecen, ven, y en mí confía.

TELLO: ¿Qué es esto, cielos santos?

AXA: Hechizos tuyos son; serán encantos  
 de tu ley que nos vende  
 traiciones por milagros; ya se entiende

el fin de tus cautelas.

TELLO: Paloma pura que amorosa vuelas  
a la estación segura  
donde vive sin riesgos la ventura,  
¿por qué crüel conmigo?  
Alas tiene mi amor, las tuyas sigo.

*Vase don TELLO*

AXA: ¿Su amor sigue su vuelo?  
Luego es ya certidumbre mi recelo;  
luego para gozarla  
con hechizos intenta remontarla.  
¡Ay rabiosas sospechas!  
Al vuelo los matad, tiradlos flechas;  
mas ¿qué flechas mayores  
que celosas venganzas y rigores?  
Yo haré que en vez de espigas  
cubran los campos armas enemigas;  
despoblaré a Toledo  
por que a Castilla, al mundo, ponga miedo.  
Provocaré esta injuria  
al príncipe y al rey a tanta furia,  
que con su gente toda  
renueve el llanto a la tragedia goda.  
Marchemos a Toledo,  
que si con celos viva llegar puedo,  
verá Fernando presto  
el peligro mortal en que está puesto,  
y que, si en él se apoya,  
será Casilda Elena, Burgos Troya.

*Vase AXA*

*Salen ALÍ Petrán y ABÉN Rogel,  
moros*

ALÍ: No hay fiar en amistad  
de cristiano, pues sALÍó

falsa la de Tello; no  
 en prendas y calidad,  
     de nobleza castellana.  
 Engañóme fementido,  
 Tello, desagradecido;  
 llevóme el honor y hermana;  
     que así paga beneficios  
 quien respetos atropella.  
 Amaba yo a Blanca bella,  
 y por deslumbrar indicios  
     de mi pena y no agraviarle,  
 de suerte incendios reprimo  
 que a que la ausente le animo,  
 ¡qué mal hice en no matarle!  
     Pues corriendo por su cuenta  
 correspondencias de amigo,  
 yo con su dama le obligo  
 y él con mi hermana me afrenta.

ABÉN:           No injurias, príncipe, así  
 la virtud más conocida  
 que dio a la alabanza vida.  
 Míralo bien, vuelve en ti.  
     La infanta es toda pureza,  
 su padre el rey, todo amor;  
 Fernando, todo valor;  
 don Tello, todo nobleza.

    Ciegamente satisfaces  
 la fama de tu opinión.  
 Con esa imaginación  
 no quiebres, señor, las paces  
     con Fernando establecidas,  
 que si en su poder está  
 la infanta, ocasión tendrá  
 en que vengarse.

ALÍ:            No hay vidas  
 en toda la cristiandad  
 que puedan venganza darme.  
 En vano intentas templarme  
 con quimeras su amistad.  
     Rompió don Tello conmigo,

de la infanta enamorado;  
 mi amistad ha profanado  
 por llevársela consigo.

Fingió lazos milagrosos  
 que al rey mi padre engañaron;  
 que me ausentase aguardaron,  
 traidores y cavilosos.

¿Qué lagos, qué aguas divinas  
 tiene Castilla excelentes  
 que en mortales accidentes  
 aseguran medicinas?

¿Son en Toledo distintos  
 cristales de más virtud?  
 Si hay aguas que den salud,  
 fuentes tiene de jacintos

Toledo, donde pudiera,  
 cuando los venera España,  
 la infanta que nos engaña  
 cobrar la salud que espera.

Más oro que peces cría  
 nuestro Tajo en sus arenas,  
 que para ALÍviar sus penas,  
 curar su melancolía,

si ella no fuese mudable,  
 dieran remedio a su mal;  
 que el Tajo, todo cristal,  
 también es oro potable.

Tello y Casilda me ofenden.  
 En Cristo la infanta adora,  
 ni el rey Fernando lo ignora  
 ni es bien, aunque lo pretenden,  
 que desmienta mi recelo  
 mientras venganza no toma  
 de todos tres. ¡Por Mahoma,  
 que he de postrar por el suelo  
 cuantas poblaciones dan  
 a Fernando la obediencia!  
 No se fie en la clemencia  
 Castilla de Alí Petrán.

¿Qué gente hemos cautivado?

ABÉN:       Trescientos, que a tus enojos  
 sirven de tristes despojos,  
 y la paz ha descuidado  
           de Toledo con Castilla.

ALÍ:        Yo mismo tengo de ser  
 su verdugo; yo verter  
 su sangre, yo destruilla.  
           Lavaré esta tarde en ellos  
 mi injuria; al cielo pluguiera  
 que tantos Tellos hubiera  
 como hoy pienso segar cuellos,  
           que con todos no apagara  
 la sed que ocasión me da  
 a su muerte.

ABÉN:               De aquí está  
 no lejos Guadalajara;  
           venderlos será mejor  
 en ella, si pagar quieres  
 tus moros, que hay cien mujeres  
 y treinta niños. Señor,  
           templa tu enojo, enriquece  
 con la presa a tus soldados.

ALÍ:        Al paso que mis cuidados,  
 la venganza de ellos crece.  
           Atadlos todos, dejad  
 que imagine en cada cuello  
 una Castlida y un Tello,  
 oprobio de la amistad.

ABÉN:        Véngate, pues, riguroso.  
 Tu acero en su sangre baña  
 si es digna tan torpe hazaña  
 de un príncipe generoso.

*Vase ABÉN Rogel. Quédese ALÍ  
 Petrán y luego sale nuestra señora, Santa  
 MARÍA*

ALÍ:        ¡Oh, cobarde! ¿tú también  
 me injurias? Por Alá santo

que tengo de ser espanto  
del bautismo en cuantos ven  
mis ojos. No me mitigues  
piedad hasta aquí afectada.  
Triunfe de ingratos mi espada.

*Quiere entrarse ALÍ, la espada desnuda.  
Ábrese al paso una higuera, y entre las ramas se aparece  
nuestra señora Santa MARÍA. cáese ALÍ asombrado, e  
hinca la rodilla. Quédase con la espada como amenazando a  
la imagen*

MARÍA: Petrán, ¿por qué me persigues?

ALÍ: Todo el cielo sea conmigo.  
¿Qué hielo es el que me abrasa?  
¿Qué fuego en nieve traspasa  
el alma que en él mitigo?  
¿Quién eres, luz milagrosa,  
formidable y apacible,  
süave cuando terrible,  
tierna cuando rigurosa?  
¿Quién eres, que tal espanto  
has puesto en el alma mía  
que tiembla?

MARÍA: Yo soy María,  
a quien tú persigues tanto.  
Contra estímulos del cielo  
vana resistencia haces.

ALÍ: Saulo afirman que hizo paces  
con Cristo postrado al suelo  
cuando otro tanto le dijo,  
si es bien que crédito dé  
a ministros de su fe.

MARÍA: Ése es Dios, y ése es mi Hijo.

ALÍ: Ése por ti mi fe adora.  
¿Qué quieres hacer de mí?

MARÍA: Un Saulo segundo.

ALÍ: En ti  
mi ventura se mejora.

MARÍA: Cristiano quiero que seas,  
 que a servirme te apercibas,  
 que en esta soledad vivas,  
 que el amor que en Blanca empleas  
 lo mudes en mí.

ALÍ: Favor  
 digno de esa enano franca,  
 vos sois pura, vos sois blanca,  
 vos las medras de mi amor.

Con vos, cándida Señora,  
 la nieve que aurora pisa,  
 comparada es etiopisa;  
 la noche ella, vos la aurora.

Soldados, alcaides, gentes,  
 moros, venid a admirar  
 un árbol que sabe dar  
 por fruto el sol en su oriente.

Estrellas lleva por flores  
 que exhalan aromas samios,  
 celebrad epitalamios,  
 exagerad mis amores,  
 alcaides, moros, cautivos.

MARÍA: No te canses en llamarlos,  
 mi vista pudo asombrarlos,  
 pocos de ellos huyen vivos;  
 libres mis cautivos gozan  
 la patria que les negaste.

ALÍ: Los rayos que fulminaste  
 enamorando destrozan;  
 causado han contrario efecto  
 Señora, en ellos y en mí.

MARÍA: Quiérote yo sólo a ti,  
 que el firme amor es secreto;  
 finezas son voluntades,  
 y éstas méritos subliman;  
 los que se aman más estiman  
 que imperios las soledades.  
 En ésta quiero que asistas.  
 Tu hermana, de mi Hijo esposa,  
 sierras habita amorosa.

Hoy sale en ellas a vistas.

Imítala tú oficioso,  
pues por mi prenda te elijo;  
ella esposa de mi Hijo  
y tú de su madre esposo.

Aquí has de vivir, Petrán,  
para blasón del bautismo,  
conquistador de ti mismo,  
de mi imagen capellán.

Yo propia he de bautizarte.

ALÍ: ¡Hay tan inmortal favor!  
Ministro tendré mejor  
que el Hombre Dios si en tal parte  
la primer gracia me das  
que las almas eterniza,  
pues si a Cristo Juan bautiza  
a mí su madre, que es más.

¿Pero adónde hallar podremos  
agua que materia dé  
al principio de su fe  
si seco este valle vemos?

MARÍA: Más puedo yo que Moisés,  
que soy de Jesé la vara.  
Fuente milagrosa y clara  
brotará el campo a tus pies.  
Vente á bautizar en ella.

ALÍ: Esferas de eterno ornato,  
suplid hoy el aparato  
de mi bautismo; luz bella  
del sol, sírveme esta vez  
de vela sobre la fuente  
de tu globo transparente.  
Aurora, tu candidez  
de la pureza me vista  
que la gracia al alma da;  
lleven los cielos maná  
en que el pan de amor asista,  
que es mazapán verdadero  
que al bautismo da eficacia;  
la paloma, toda gracia,

será la sal y el salero.

El manantial perenne  
del Uno y Tres, que ya adoro,  
será el aguamanil de oro  
pues de Él todo el bien nos viene.

Serafinos y querubes,  
de luz argentando el viento,  
honren mi acompañamiento  
sobre carrozas de nubes,  
que la mayor jerarquía  
bien puede venir por vos,  
donde es el padrino Dios  
y me bautiza María.

*Música. De dos nubes bajan al tablado seis  
ÁNGELES, tres de cada una, con masapán, vela, salero,  
fuente, capillo y aguamanil. El mismo árbol baja hasta poner  
en el tablado a Santa MARÍA; éntanse en dos hileras,  
detrás ella y a su lado el príncipe ALÍ  
Petrán*

MARÍA: Todos los que has convidado  
quiero yo que honra te den.

ALÍ: Racimos de luz se ven  
que el Olimpo han despoblado.

MARÍA: A quien es mi Capellán  
de esta suerte sé yo honralle;  
ven, y llámese este valle  
de tu nombre, Sopetrán.

*Vanse los dos. Salen PASCUAL y CARRASCO,  
villanos*

PASCUAL: ¿De aquí a ocho días?

CARRASCO: Sin duda.

PASCUAL: ¿Mari Pabros y Gilote?

CARRASCO: Mari Pabros con su dote.

PASCUAL: ¿Se me muda?

CARRASCO: Se te muda.

PASCUAL: ¿Y que se chere casar?

CARRASCO: Herlo de semana espera.

PASCUAL: ¿Hasta que el otro se muera?

CARRASCO: Hasta llegarlo a enterrar.

PASCUAL: ¿Con Gilote?

CARRASCO: ¿Pues con quién?

PASCUAL: ¿Mari Pabros?

CARRASCO: Mari Pedros.

PASCUAL: Verá el diabro con los medros  
que sale quien chere bien.  
Idvos, que me chero ahorcar.

CARRASCO: ¿Cuándo?

PASCUAL: ¿Qué diabrós sé yo?  
¿Que se mudó?

CARRASCO: ¡Se mudó!

PASCUAL: ¿Mari Pabros?

CARRASCO: ¡Pescudar!

PASCUAL: Pues ya mi engaño quillotra  
la venganza más extraña  
que ha vido nuesa montaña.

CARRASCO: ¿Cuál es?

PASCUAL: Casarme con otra.

CARRASCO: Si pudieses bien harías.

PASCUAL: Pues ¿por qué no han de poder?  
Olalla es moza y mujer.  
Mas, en fin, ¿de aquí a ocho días  
se matrimañan los dos?

CARRASCO: Su tía lo ha concertado.

PASCUAL: ¿La del ojo arremangado?

CARRASCO: Ésa.

PASCUAL: Maldígala Dios.

*Vase CARRASCO*

Marica, pues te mudaste  
en medio año que tardé,  
a tu boda cantaré  
que no hay [otro aquí] quien baste.

*Canta*

*"Contra la voluntad grande porfía  
de un Gil, de Mari Pabros y su tía."*

*Baja MARI Pabros las peñas hilando y  
canta*

MARI: *"De hoy en ocho días si le praxe a Dios  
¡hu, hu, hu, los dos, hu,hu, hu, los dos!"*

PASCUAL: *¿Los dos? Mal año y mal mes;  
sí, hilad, hilad: Bercehú  
vos hile; cantá el ¡hui ihu!  
que muy buena hillaza hacés.  
Echá tela para el dote  
y de mí no se vos liembre;  
hilad, que muy buen urdiembre  
haredes vos y Gilote.*

MARI: *¿Pascualillo? ¿Pascualejo?  
¿Pascualote el mi llorado?*

*Baja*

*¡Que no estabas cativado!  
No me cabe en el pellejo  
el gozo: embracjame.*

PASCUAL: *Arredraos, la engilotada,  
que muy gentil ensalada  
habéis hecho, sí a la he.*

MARI: *Si infinito no te chero,  
si más por ti no he llorado  
que un andalubio ñublado,  
que todo un diciembre entero,  
que junto al hogar un bizco,*

que cuando cebollas topo,  
 que en un entierro un guisopo,  
 que un arroyo por un risco,  
 mala landre...

PASCUAL:               En ocho días,  
 si le prace, prace a Dios,  
 ¡hu, hu, hu, hu, hu, hu, los dos!

MARI:        Endiviné que venías  
 a la matrimoñadura,  
 que por puntos aguardaba  
 y cantando convidaba  
 vecinos, alcalde y cura  
 porque viniesen a honrarnos  
 después que te lloré muerto.

PASCUAL:    Mari Pabros, ¿esto es cierto?

MARI:        Como el finar y enterrarnos.

PASCUAL:    ¿Que no tenes voluntá  
 a Gilote el del hu, hu?,

MARI:        Verá: ¿yo a Gilote? ¡Pú!

PASCUAL:    Escopid la otra metá  
 y escopiréis vueso nombre.

MARI:        Ea, desenójesé.  
 No chero que murrio esté,  
 que es garrido y gentil hombre.  
 Él mi manso, él mi pachón  
 encaja aquí.

PASCUAL:    Mari Pabros,  
 estaos queda con los diabros,  
 que me da el arremetón.

*Salen el rey FERNANDO y doña*

*BLANCA*

BLANCA:     Huyó de tu compañía  
 la infanta mora y don Tello,  
 tu Alteza puede sabello  
 de los moros que traía.  
 Si de tí su rey se fía  
 y después su ofensa sabe  
 peligro amenaza grave

a tu reino y su opinión,  
mientras la satisfacción  
estas sospechas no lave.

FERNANDO: Doña Blanca, si es verdad

lo que afirmas, y no creo,  
caro lé saldrá el empleo  
de su torpe voluntad;  
Tello, en mi severidad,  
hallará justos castigos,  
y yo en Toledo testigos,  
cuando a su infanta les dé,  
que amistades guardar sé  
como vencer enemigos.

No me los han de esconder  
cuantos riscos dificultan  
las sierras que los ocultan  
los valles que llevo a ver.  
Mas primero he detener  
quien de esto me certifique,  
que mis enojos publique.

PASCUAL: Mosca le dio a nuestro rey.

Huyamos, aho...

MARI: Bien se veye.

PASCUAL: Par Dios, que mos crucifique.

*Vanse estos dos. Sale don TELLO*

TELLO: Oye, Fernando invicto, novedades  
que ilustren, por divinas, tu memoria;  
desmentirán novelas sus verdades  
dando aplausos al cielo, a España historia;  
no en bronce, pero sí en eternidades,  
a Castilla blasón, a Burgos gloria,  
la fama envidia a nuestros siglos canta,  
ocasionada de Casilda santa.

Ésta, que del blasfemo barbarismo  
del pseudo Cristo que idolatra Meca,  
fénix renace sólo de sí mismo,  
única y fresca flor de planta seca

para triunfos eternos del bautismo;  
 coronas pisa; por desiertos trueca  
 del solio augusto aclamaciones reales,  
 púrpuras ya en Casilda los sayales.

Estorbaba deseos la malicia  
 de su infiel compañía, cuando anhela  
 retiros el afecto, y la noticia  
 del amoroso ardor que la desvela;  
 volvió por la inocencia la justicia,  
 peregrina impresión regiones vuela,  
 garza veloz que penetrando vientos  
 aires engaña y vuela pensamientos.

Siguiéronle mis ojos, mis suspiros,  
 éstos se lleva y se remonta a aquéllos,  
 diamante flor en prados de zafiros,  
 del sol opositores sus cabellos.  
 Registré soledades y retiros,  
 voces y pasos aventuro entre ellos;  
 mas ¿qué importa, si en vano, aunque veloces,  
 desmaya pasos y enronquece voces?

Pródigo de la vista, la dilato  
 desde una elevación que, presumida,  
 monarca es de diamante, cuyo ornato  
 trono es del sol cuando amanece vida,  
 lince de un valle el fin, a Flora grato,  
 sobre un enano mar miro vestida  
 del mismo sol que se incorpora en ella  
 retratarse en sus vidrios una estrella.

Yacen dos lagos en distancia breve  
 al pie de esa apacible pesadumbre,  
 néctar de Apolo que abrasado bebe  
 cuando le causa sed su misma lumbre,  
 y es su pechera en desatada nieve  
 desde el verde coturno hasta la cumbre,  
 la sierra su vecina que entre espumas  
 aloja escamas y naufraga plumas.

Casilda, pues, en la arenosa orilla,  
 norte suyo la estrella precursora,  
 falaces yo en los pies para seguilla,  
 mis voces huye y de estación mejora;

un césped se le acerca, maravilla  
que pasma al mismo tiempo que enamora,  
pues ya leve bajel sin vela y remo  
la traslada instantánea al otro extremo.

Toca apenas cristales con la planta  
cuando su enfermedad huye vencida,  
santas sus aguas por Casilda santa  
pues ya ofrecen salud, ya voz de vida;  
su virgíneo contacto virtud tanta  
al lago comunica, que se olvida  
la sangre fugitiva o se restaña  
de quien llega mortal y en él se baña.

Deja aquel valle, pues, y yo la sigo,  
juzgando por atajos los rodeos,  
hasta una cueva donde fui testigo  
de mártires victorias y trofeos.  
Vicente, desde el tiempo en que Rodrigo  
tan mala cuenta dió de sus empleos  
y el africano tiraniza a España,  
con sus reliquias honra esta montaña.

En ella hallé a Casilda, en ella erige  
mausoleo a Vicente donde pueda  
su culto venerar que en ella elige  
la habitación con que su amor hospeda;  
convoca jornaleros y dirige  
cuanto oro, plata, joyas, perlas, seda,  
del poder de su padre son indicio  
para que abrevie el premio su edificio.

Vuela la fama y los extremos toca  
de España, que escuchándola se admira  
multiplicada en lenguas, que una es poca,  
verdad toda esta vez, las más mentira.  
A ver este prodigio se convoca  
cuanta nobleza, cuanto vulgo mira  
desde sus atalayas la Bureva,  
sus valles población, corte su cueva.

Éstos los Lagos son de San Vicente,  
incógnitos hasta hoy, ya medicina  
de toda enfermedad, todo accidente.  
Ángel la infanta ya de esta piscina,

Magdalena segunda penitente,  
pero cándida virgen que encamina  
al cielo afectos que la den corona  
y España la venere por patrona.

FERNANDO: Testigos falsos, Blanca, son los celos,  
enemigos sofisticos de casa.

BLANCA: Dichosa la verdad que en sus desvelos  
el mal redime y a la envidia abrasa.

FERNANDO: Vamos a ver prodigios de los cielos  
que, si como don Tello, afirma, pasa,  
pies de Casilda adorarán mis labios.

BLANCA: ¡Ay celos de alquitrán, padres de agravios.

*Vanse todos. Salen cuatro cuadrillas por entrambas  
puertas, cada una de por sí, todos los de la  
compañía cantando con pandero, sonajas, tamboril y  
gaita, vestidos de villanos*

MÚSICO 1: *"¡Ay que a las velas de Casilda santa  
Quintana de Bureva se lleva la gala!"*

MÚSICO 2: *"¡Ay que a la vela de la ermita nueva  
Rojas y Galbarros la gala se llevan!"*

MÚSICO 3: *"¡Ay que a la vela de los lagos nuegos  
a todos se la gana la gaita de Bueso!"*

MÚSICO 1: *"Bueso."*

MÚSICO 2: *"Quintana."*

MÚSICO 3: *"Rojas y Galbarros."*

MÚSICO 4: *"¡Vitor Quintana, cola todos cuatro!"*

CARRASCO: No tengamos carambola,  
si a velar venido habemos,  
son asentarse y calleemos.

MARI: ¡Vitor Bueso y todos cola!

UNO: Si empezáis a daros, vaya,  
en pendencia acabaremos  
la fiesta. Amigos, bailemos  
todos juntos.

CARRASCO: Vaya.

MARI: Vaya.

*Cantan*

UNOS: *"Que el pandero y la gaita de Ontoria  
táñela tú, que a mí no me toca."*

*Bailan*

OTROS: *"Quien tuviere flujo de sangre  
entre en los Lagos y en ellos se bañe."*

TODOS: *"Tócala tú, que a mí no me atañe."*

OTROS: *"La mujer que no es paridera  
lléguese al baño y tírele piedras."*

TODOS: *"Tócala tú, que a mí me da pena,  
que el pandero y la gaita de Ontoria  
táñela tú, que a mí no me toca."*

*En lo alto de las peñas PASCUAL*

PASCUAL: *¡Mari Pabros! ¡Ha de abajo!  
Serranos no os lo bailéis  
todo, aguardad.*

MARI: *Hao, ¿qué heis?*

PASCUAL: *Echar por esotro atajo.*

MARI: *¿Quién diablo os encaramó  
el mi Pascual?*

PASCUAL: *Pide olores  
Casilda y cójola flores  
para el altar que labró  
a San Vicente en la cueva.*

MARI: *¿Y si dais de colodrillo?*

PASCUAL: *Vo a cortar aquel tomillo  
que enrame la ermita nueva.*

MARI: *Ojo con la mata, asilda,  
no haya enterrorio después.*

*Deslízase PASCUAL y cae quedándose*

*asido de un tomillo todo el cuerpo en el aire*

PASCUAL: Huéronseme dambos pies.

¡Válgasme Santa Casilda!

CARRASCO: ¡San Vicente sea contigo!

TODOS: ¡Jesús!

PASCUAL: Todo me bazuco

tomillo, a ser vos sahuco

sino es que hué cabrahigo

la remembranza de Judas

representa Juan Pascual,

Mari Pabros, sin dogal

me ahorcan, las tocas viudas

vos poned.

MARI: ¡Triste soceso!

CARRASCO: Hombre, encomiéndate a Dios.

PASCUAL: Encomendaos por mi vos

que yo no esté para eso.

El mi tomillo salsero,

vuélvete mechinal,

que de tu tomillo y sal

componer mi nombre chero.

Tomé de la Sal seré;

mi mujer será Tomasa,

Tomillos los de mi casa

mi apóstol Santo Tomé.

Santa mora ya cristiana,

Casilda la ermitañesa,

la amorosa, la infantesa

la virgen, la toledana,

doleos la santa de mí

pues vine con vos del Tajo.

Parece que va ancia bajo,

dando el tomillo de sí.

Descuégome poco a poco.

*Vase alargando el tomillo y él*

*bajando*

MARI: ¡Milagro!  
 TODOS: ¡Milagro extraño!

*Llega abajo*

PASCUAL: Del mi suelo, año buen año;  
 con los hocicos vos toco.

*Besa el suelo*

MARI: ¡El mi dueño, el mi carillo!  
 Llega y embracíjamé.

PASCUAL: Cuido que no os oleré  
 Mari Pabros a tomillo.

MARI: Bien haya quien en vos creye,  
 Santa.

PASCUAL: ¡Hao! ¿qué gente es ésta?

CARRASCO: El rey que viene a la fiesta

PASCUAL: No es mi algalia para el reye.

*Salen rey FERNANDO y doña BLANCA*

FERNANDO: Celos, doña Blanca hermosa,  
 tienen ímpetus franceses,  
 rigurosos al principio,  
 después ni activos ni fuertes.  
 Nieblas enlutan al sol,  
 mas en humo las resuelve  
 la eficacia de sus rayos  
 que, aunque acometidos, vencen.  
 Sol es la verdad, en fin,  
 puesto que eclipsarla intenten  
 nieblas del amor celosas,  
 que cuando amenazan mueren.  
 Vos habéis cuerda elegido  
 prenda en don Tello a quien debe

vuestro amor perseverancias  
dignas que con vos se premien.  
Don Diego ya no compite  
con él, antes interceden  
en su favor amistades  
que indignaron accidentes;  
daréisle en Burgos la mano.

BLANCA: Sois vos, Fernando el clemente,  
el iris de nuestras paces,  
el espejo de los reyes.

*Sale don TELLO*

TELLO: Nuestra infanta, gran señor,  
tanto con los cielos puede  
que eslabonando milagros  
admiraciones suspende.  
A costa de sus tesoros  
templo fabrica solemne  
al César aragonés,  
al siempre invicto Vicente.  
Mas el común enemigo,  
envidioso de que herede  
Casilda a Dios los milagros  
con que esta tierra ennoblece,  
lo que labrara de día,  
de noche, torpe y aleve,  
por el suelo derribaba,  
porque el edificio cese.  
Pidió favor a su esposo,  
Casilda, y entre la ardiente  
suspensión de sus discursos,  
éxtasis toda celeste,  
inmóvil el cuerpo virgen,  
oye que Dios la promete  
su fábrica restaurarle  
sobre ese risco eminente.  
Juntáronse las rüinas  
y por sí solas se mueven

los ángeles de este alcázar  
 artífices solamente.  
 Toda la fábrica vuela  
 por las nubes, de la suerte  
 que de Palestina a Italia  
 lo que en el Oretó tiene  
 asiento felices siglos.  
 Tanto Casilda merece  
 que ya las piedras son plumas,  
 por ella lo grave es leve.

*Música. Sube una ermita toda y en ella,  
 abiertas las puertas, de rodillas la santa CASILDA elevada, y  
 asiéntase el edificio sobre lo más enriscado de las  
 peñas*

FERNANDO: ¡Oh asombro de los milagros!

¡Oh virgen! Que porque vuelas  
 águila, al trono del sol,  
 hasta su esfera te atreves.  
 Patrón seré de tu casa.

TELLO: Toledo envíe y celebre  
 si venturoso el criarte,  
 lloroso y triste el perderte  
 la patrona de Castilla.  
 Los Lagos de San Vicente  
 son estos. En la segunda,  
 Tirso, su fin os promete.

FIN DE LA COMEDIA